

Para uso privado de los ENSJ



# CREER

# VALE LA PENA

Queridos amigos.

Aquí tenéis una serie de temas, que he tomado del libro de **José Antonio PAGOLA: "CREER, ¿PARA QUÉ?"** publicado por la editorial PPC.

Os los propongo, en primer lugar, para vuestra meditación, vuestra reflexión,... y vuestra oración personal. Creo sinceramente que os pueden ayudar muchísimo, si de verdad los leéis con calma, los reflexionáis, y, a partir de ellos, os estáis algún ratito amorosamente con el Padre Dios (Eso es "hacer oración", como ya hemos explicado tantas veces). Personalmente, debo confesaros que a mí me han hecho mucho bien... Aunque en principio están escritos para personas que "se han alejado un poco de la fe", a mí (que creo no haberme "alejado de la fe") me han ayudado mucho... Porque no son "teorías". ¡Te hacen pensar sobre ti mismo!... Por eso os los propongo también a vosotros muy cordialmente.

En segundo lugar, creo también que os pueden ser muy **útiles también como temas para vuestras reuniones de Equipo.**

Así que os propongo lo siguiente =

**1º) "Trabaja" estos temas personalmente**, seriamente, antes de la reunión del equipo;... un poquito cada día, (iy no sólo el día antes de la reunión!)

Como veis, cada uno de los 7 temas está dividido en varios subtemas muy cortitos... No los leas "de corrido". Eso no te serviría de mucho... Será más provechoso si haces lo siguiente = **A lo largo del mes**, ve tomando cada uno de esos subtemas; léelo despacio, reflexiónalo con calma, "trabájalo", subrayando lo que más te llegue a ti personalmente, lo que te parezca más importante, lo que más te guste...

Haz **algún rato de oración** a partir de cada uno de esos subtemas que vas "trabajando"... Es decir: Estate un ratito amorosamente con el Padre Dios, partiendo de lo que ese texto que has "trabajado" te sugiere a ti personalmente... No necesitas ni hacer "grandes oraciones", ni decir muchas cosas... Estate un ratito con el Padre Dios, "echa un ratito con Él", aunque no digas nada,...

simplemente retomando alguna de las frases del texto... Un ratito cada día... ¡Te aseguro que si lo haces, irás aprendiendo a orar en profundidad!... Porque orar no es "decir", ni "pensar", ni "sentir";... sino "estar" "amorosamente"...

## 2º) **En la reunión de equipo:**

**A)** Empezad, como siempre, compartiendo fraternalmente lo que habéis vivido desde la última vez que os visteis...

**B)** Después, pasad a compartir brevemente lo que os ha sugerido el tema que habéis trabajado y orado personalmente durante ese tiempo... Hacedlo, **parándoos en cada subtema**, uno detrás de otro... Que cada uno se exprese natural y espontáneamente... Por ejemplo :

*- ¿Qué es lo que más me ha llegado a mí personalmente al trabajar y orar ese texto?... - ¿He encontrado en este texto algo que me pueda ayudar a mí,... al equipo?... - ¿Con qué me identifico de lo que dice el texto,... o con qué no estoy de acuerdo?... - ¿Qué preguntas me han brotado por dentro?... - ¿Qué quiero añadir por mi parte sobre ese tema, desde mi propia experiencia?... - En resumen: ¿con qué me quedo sobre este tema?...*

**C)** Ahora es el momento de hacer **un ratito de silencio y de oración**, partiendo del tema y lo que habéis compartido... (Si os dais cuenta, cada subtema termina con un texto o una pequeña oración de algún autor. Podéis releer en voz alta esos pequeños textos;... o alguna frase del tema)... El que lo desee puede expresar en voz alta su propia oración (y os animo a todos a hacerlo);... cuando alguien ha dicho su oración personal, todos la hacemos nuestra respondiendo, por ejemplo: "Amén!"... Estad así un rato en oración, con momentos de silencio, de lectura de alguna frase de esos textos, de expresión espontánea de vuestra oración personal... Después de un ratito de silencio y

oración, el que dirige la reunión la termina diciendo:  
"Gloria al Padre ya al Hijo y al Espíritu Santo..."

**D)** Después de eso, continuad con las **otras partes de la reunión: PPV**, etc etc. etc.

### **Otras observaciones:**

Algunas veces, un solo subtema, o dos, o tres os será suficiente para la reunión. No pasa nada; puesto que no se trata de "acabar la materia", sino de sacar el mayor fruto posible de cada parte. Así que si en una reunión habéis visto sólo un subtema, o dos, o tres, ino pasa nada!; dejad el resto para la siguiente reunión...

Por otra parte, sobre cada uno de los temas habría mucho que decir y que profundizar... Pero no se trata de "hacer un máster" sobre cada tema... El autor dice cosas muy profundas, aunque las dice de un modo muy sencillo y creo que comprensible; así que asimilad eso,... y vividlo... No se trata de hacer teorías, sino de ver lo que eso te dice a ti personalmente... Tiempo habrá para "teorizar" con mayor profundidad sobre alguna de esas cosa en otras ocasiones...

**&** Ya sabéis también que yo estoy a vuestra entera disposición. Si sobre algún tema queréis más, y si deseáis que os eche una mano, me lo decís y haré lo posible para ayudaros... Sabéis también que me encanta asistir a vuestras reuniones. Y no necesariamente para "algo especial"; sino simplemente para estar con vosotros como uno más... Así que cuando queráis me invitáis, y vendré con gusto... Lo mismo si es que alguna vez queréis que yo aporte algún complemento sobre un tema que os interese particularmente... Llamadme, e intentaré estar con vosotros.

Y para terminar: Tanto si decidís tomar estas notas como "Tema" para las reuniones de equipo, como si no, **os invito a todos a leer, meditar y orar personalmente estos textos. Creo de verdad que os harán mucho bien.**

Un abrazo muy fuerte a todos

José María Alcober

# **INDICE de TEMAS**

## **1. CREER, ¿PARA QUÉ?**

¿Cómo se deja de creer?

Sin camino

No es tan fácil ser agnóstico

Creer, para qué?

No da lo mismo creer que no creer

## **2. ¿ES POSIBLE REACCIONAR?**

Nunca es tarde

El deseo de creer

No basta con pasarlo bien

Rendijas

Preguntas

## **3. ¿CÓMO BUSCAR A DIOS?**

Buscar la verdad

Abrir los ojos

Liberarse de represiones

Perder el miedo a la religión

Confiar

## **4. ¿CÓMO DAR PASOS HACIA DIOS?**

Por dentro

Un mundo inexplorado

Ir al fondo de ti mismo

¿Qué hacer cuando te sientes culpable?

Creer desde la duda

## **5. ¿SE PUEDE APRENDER A REZAR?**

Tú puedes rezar, ¿por qué no?

¿Para qué sirve rezar?

Aprender a orar

Aprender el padrenuestro

Oración de un alejado

## **6. JESÚS, EL MEJOR CAMINO**

La Buena Noticia de Dios

Leer el evangelio de Jesús  
Conocer y escuchar a Jesús  
¿Cómo sentía Jesús a Dios?  
Cómo vivía Jesús a Dios

## **7. VIVIR A DIOS DE MANERA NUEVA**

Dios es bueno  
Dios perdona siempre  
Dios busca a los perdidos  
Dios es humilde  
A Dios le interesa que vivas bien  
Dios sufre con nosotros  
Dios, ¿es la «Trinidad»?  
Vivir de manera nueva

# **1. CREER ¿PARA QUÉ?**

## **¿CÓMO SE DEJA DE CREER?**

Más de una vez me he encontrado con personas que, de entrada, me han dicho con toda sinceridad: «Mira, yo no sé lo que me ha pasado estos años, pero he cambiado mucho por dentro. Ya no sé si creo o no. No estoy seguro de nada». Tal vez también a ti te sucede algo de esto. Si quieres, vamos a pensar juntos: ¿cómo se deja de ser creyente?

A algunos os ha pasado una cosa muy sencilla. Sin daros cuenta habéis ido abandonando todo lo que podía nutrir vuestra fe. Y, naturalmente, privada de alimento, vuestra fe se ha ido extinguiendo. Algunos me decís que no habéis tenido tiempo para «esas cosas». Bastante teníais con estudiar o buscar trabajo. Otros ponéis otras razones... No es difícil entenderos. Pero hay una cosa muy clara: si no la alimentas, tu fe terminará muriendo del todo. Si quieres reavivarla la tienes que cuidar mejor.

Al mismo tiempo os ha podido pasar otra cosa. Sencillamente, la fe que habéis vivido de niños se os ha quedado corta, como los trajes que usabais aquellos años. Habéis ido creciendo en conocimientos, en cultura y personalidad, pero vuestra fe no ha crecido. Es normal que esa «religión infantil» no os sirva ahora para dar sentido y orientación a vuestra vida de adultos. Si ahora queréis vivir una fe adulta, tendréis que dejar a un lado esquemas y planteamientos infantiles, y aprender a creer de manera más responsable.

Otros habéis ido dejando la fe porque os habéis sentido maltratados por la vida. Ya no creéis en nada ni en nadie. Al menos eso os parece. Vuestras heridas son demasiado dolorosas para poder vivir con paz interior. Para reavivar vuestra fe necesitáis descubrir a un Dios Amigo. Cuánto bien os haría encontraros con creyentes buenos que os escuchen y comprendan.

Otros me decís que estáis decepcionados por las posiciones que adopta la jerarquía de la Iglesia. Os hace «daño» leer ciertas declaraciones. No os sentís bien en la

Iglesia. Os parece anacrónica, poco tolerante, machista, prepotente. Sé muy bien lo que sentís. Yo conozco bastante bien la Iglesia por dentro y sufro al ver lo lejos que estamos del evangelio en muchas cosas. Pero no tenemos que confundir nunca a Dios con los obispos o los curas. Si quieres encontrarte con Dios, lo importante es que escuches tu propia conciencia, sin buscar excusas en lo que hacen los demás.

Algunos no habéis tenido fuerza para soportar el clima que se respira hoy entre nosotros. Habéis tenido que escuchar a veces insinuaciones y frases que os han hecho daño: «¿Todavía vas a misa?», «¿aún no te has liberado de los curas?», «¿sigues creyendo en esos cuentos?». Poco a poco, sin darte cuenta, tu fe ha quedado como «reprimida» dentro de ti. Al final has terminado haciendo lo que hacen muchos: dejarlo todo. Si quieres descubrir lo que puede ser para ti, tienes que reaccionar y ser tú mismo. No es bueno vivir «como todos», sin escuchar los interrogantes y anhelos que llevas dentro de ti.

Otros, tal vez, habéis vivido experiencias íntimas que os han hecho mucho daño. Nunca las habéis contado a nadie, pero están muy dentro de vosotros: la muerte que os arrebató al ser más querido; el aborto al que os forzó vuestra pareja; esa enfermedad que ha cambiado totalmente vuestra vida... ¿Cómo vais a confiar en Dios? Tal vez lo primero es curar vuestras heridas. Vosotros necesitáis más que nadie el consuelo de Dios.

Sin duda son variados y diferentes los caminos que pueden alejar de Dios. Solo tú sabes lo que has vivido. Ahora, si quieres encontrarte con él, tendrás que recorrer también tu propio camino. Nadie lo puede hacer por ti. Tú eres el que tiene que escuchar a Dios en el fondo de tu corazón.

*Nadie fue ayer, ni va hoy,  
ni irá mañana hacia Dios  
por este camino que yo voy.  
Para cada hombre guarda  
un rayo nuevo de luz el sol...  
y un camino virgen Dios.*

LEÓN FELIPE, poeta (1884-1968)



## **SIN CAMINO**

También a ti te puede pasar lo que a otros muchos. Te sientes a veces como «perdido». Pero tal vez tu problema no consiste en que vivas extraviado o descaminado. Es algo más profundo y preocupante. Sencillamente vives sin camino.

Muchas personas viven hoy así. Se mueven mucho, hablan sin cesar, trabajan activamente. Se las ve siempre corriendo, pero en realidad no van a ninguna parte. No tienen meta ni camino.

¿Te sucede algo de esto? Tal vez vives girando sobre ti mismo y tus pequeños intereses. Tu vida consiste en repetir lo mismo semana tras semana. No conoces la alegría del que se renueva y crece.

Si te sientes como «perdido» es porque vives sin dirección y sin horizonte. En realidad no sabes lo que es extraviarte ni reencontrarte. Lo que a ti te pasa es que no tienes camino. O tal vez algo todavía más triste: vives andando y desandando cada día los mil caminos que desde fuera te van indicando las consignas y las modas del momento.

Piensa un poco. Encerrado en tu propio «ego», no conoces el camino que te lleve al encuentro con los demás. Tal vez tratas con muchas personas, pero no conoces la verdadera amistad o la ternura. Ni tú mismo te das cuenta, pero vives utilizando hábilmente a los demás. Rara vez te detienes ante el misterio del otro. Vives encerrado en ti mismo. Necesitas encontrar un camino que te abra a las personas.

No es solo eso. Te mueves por todas partes, ves los colores, tocas las cosas, saboreas la vida. Cómo disfrutas de la playa, la montaña o el mar. Pero no aciertas a descubrir nunca la presencia del Creador que lo penetra todo. En tu pequeño mundo no hay un resquicio que te conduzca hacia Dios.

Hace tiempo que no te encuentras tampoco contigo mismo. Vives fuera de ti, en tu epidermis, sin vislumbrar ningún camino interior para descender al fondo de tu ser v

escuchar la llamada que te invita a vivir de manera diligente.

Y, ¿qué puede hacer un hombre o una mujer cuando descubre que su alma es un inmenso desierto sin caminos? ¿A quién te puedes dirigir? ¿Hacia dónde puedes caminar?

Por razones que solo tú sabes, te has ido alejando de casi todo lo «religioso». Lo has dejado como algo inútil y desfasado. Pero no deberías rechazar a ligera esas palabras extrañas y enigmáticas de Jesús: «Yo soy el camino». ¿Y si fuera verdad?

Tal vez estos años has ido abandonando algo que ni siquiera has llegado a conocer bien. Tú pensabas que ser cristiano consistía en confesar unos dogmas, ir a misa los domingos y, sobre todo, cumplir los mandamientos. Te falta lo más importante: descubrir que Jesús es un camino que hay que recorrer.

Te voy a decir algo que probablemente desconoces. Los primeros cristianos no hablan del cristianismo como si fuera una «religión». Nunca lo llaman así. Lo que ellos han encontrado en Jesús no es una nueva religión, sino el «camino» más acertado para vivir. Dicen que es un «camino nuevo y vivo», «inaugurado por Jesús para nosotros». Un camino que hay que recorrer «con los ojos fijos en él».

Si te acercas a Jesús, lo que vas a encontrar no es una religión, sino un camino nuevo para vivir. Y tú sabes muy bien lo que es un camino. A veces avanzarás con seguridad, otras veces encontrarás obstáculos, te cansarás, incluso podrás retroceder. Todo es parte del camino. Si sigues los pasos de Jesús, podrás tener malos momentos, dudas, extravíos, pero tendrás un camino.

*Ven, pastor.*

*Deja las noventa y nueve*

*y busca la oveja que se ha perdido...*

*Búscame, encuéntrame, acógeme, llévame.*

*Tú puedes encontrar al que buscas,*

*tomarlo en brazos*

*y llevártelo contigo.*

AMBROSIO, obispo de Milán (340-397)

## **NO ES TAN FÁCIL SER AGNÓSTICO**

No sé si tú lo sueles decir. Yo se lo he escuchado a más de uno: «Soy agnóstico». Algunos lo confiesan con tono seco y firme, como si fuera tan fácil vivir de verdad en una actitud agnóstica. Yo pienso que hay pocos agnósticos entre nosotros.

Un agnóstico es una persona que busca sinceramente donde está el misterio último de la vida y, al no encontrar los motivos para creer en Dios, lo deja en suspenso. El agnóstico busca a Dios, pero no logra encontrarse con él. Entonces adopta la postura más honesta en ese momento: «No sé si Dios existe. Por ahora yo no encuentro motivos ni para creer ni para no creer».

Pero, ¿es esto lo que ocurre? En general, la postura más extendida entre nosotros es sencillamente olvidarse de Dios. Muchos de los que se llaman «agnósticos» son en realidad personas que no buscan. Xavier Zubiri (1898-1983), famoso filósofo donostiarra y gran creyente, decía que muchas personas viven «sin voluntad de verdad real».

A bastantes les resulta indiferente que Dios exista o no exista. Les da igual que la vida termine aquí o no. Les basta con vivir lo mejor posible y desentenderse de todo lo demás. Viven sin buscar cuál puede ser el misterio último del mundo y de la vida. ¿No te puede estar pasando a ti algo de esto?

Hace unos años, el escritor francés Charles Chabanis publicó sus famosas entrevistas a los ateos más prestigiosos de nuestros días. Pensaba encontrar en ellos un ateísmo riguroso y bien fundamentado. En realidad descubrió que, detrás de graves profesiones de lucidez y honestidad intelectual, se escondía con frecuencia una «ausencia de búsqueda de verdad». Es lo que nos puede pasar a todos: una buena parte de los que dejan de creer en Dios lo hacen sin haber hecho ningún esfuerzo por buscarlo.

Pero, ¿podemos decir que esta es la postura más auténtica de una persona? ¿Te parece una actitud «progresista» vivir sin buscar la verdad última de todo?

¿Cómo puede uno saber que no es posible creer si nunca ha buscado a Dios?

Te puede suceder algo muy sencillo. No tienes ni tiempo ni ganas de ocuparte de estas cuestiones. Y entonces quieres mantenerte en una especie de «postura neutral», sin decidirte ni a favor ni en contra de la fe: «soy agnóstico». No te das cuenta de que, así, estás tomando ya una decisión, la peor de todas: vivir en adelante sin buscar.

Hoy se dice con toda tranquilidad que no tiene sentido buscar «el sentido de la vida». Ciertamente es más cómodo no adentrarnos en nuestro corazón, no escuchar las preguntas que nos brotan de lo hondo de nuestro ser ni las llamadas que hay en la vida. Pero el que renuncia a buscar un sentido a la vida está diciendo literalmente que quiere vivir una vida «in-sensata». ¿Lo has pensado alguna vez?

Eludir el problema de Dios, vivir cerrado a toda llamada interior, pasarse la vida en una postura de «neutralidad religiosa» y presentarse ante los demás como «agnóstico» puede ser la mejor manera de engañarte a ti mismo.

Por lo general, no nos atrevemos a confesarlo a nadie, pero nuestro mayor riesgo, también el tuyo y el mío, es pasarnos la vida entera engañándonos a nosotros mismos. No nos encontramos con Dios porque en nuestro corazón falta verdad interior.

Por eso es bueno recordar las palabras de Agustín, obispo de Hipona, gran buscador de Dios. Dice así: «*Tú puedes mentir a Dios, pero no puedes engañarle. Por eso, cuando tratas de mentirle, te engañas a ti mismo*».

*¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda,  
duda de muerte?*

*¿Por qué te escondes?*

*¿Por qué encendiste en nuestro pecho  
el ansia de conocerte,*

*el ansia de que existas...?*

*¿Por qué hiciste la vida?*

*¿Qué significa todo,  
qué sentido tienen los seres?*

MIGUEL DE UNAMUNO, escritor y filósofo (1864-1936)

## **CREER, ¿PARA QUÉ?**

A veces, cuando hablo de Dios con algunas personas que han abandonado toda práctica religiosa, me doy cuenta de que seguramente nunca han tenido la experiencia de encontrarse con él. Me hablan del aburrimiento de las misas, del miedo al infierno, de los pecados contra el sexto mandamiento, de sus confesiones «sacrílegas», de la semana santa... Apenas recuerdan hoy alguna experiencia positiva.

No es fácil saber en cada caso por qué ha quedado en su interior un recuerdo tan negativo. Si a ti te sucede algo de esto, es normal que la fe no te resulte atractiva: ¿qué te puede aportar? ¿qué puedes salir ganando con preocuparte de estas cosas?, ¿para qué sirve creer? Hoy quiero hablar contigo *de* esto.

Tú sabes muy bien que los creyentes tenemos los mismos problemas y sufrimientos que todo el mundo. La fe no le dispensa a nadie de las preocupaciones y dificultades de cada día, Pero si un creyente cuida en el fondo de su corazón la confianza en Dios, descubre una luz, un estímulo y un horizonte nuevo para vivir.

En primer lugar, el creyente puede acoger la vida cada mañana como un regalo de Dios. La vida no es una casualidad, tampoco es una lucha solitaria frente a las adversidades. Dios me regala un nuevo día. No estoy solo en la vida. Alguien cuida de mí. Viviré este día confiando en él.

El creyente puede conocer también la alegría de saberse perdonado. En medio de sus errores y mediocridad puede experimentar la inmensa comprensión de Dios. Yo no soy mejor que los demás. Conozco mi pecado y mi fragilidad. Mi suerte es poder sentirme perdonado y renovado interiormente para comenzar siempre de nuevo una vida más humana.

El creyente cuenta también con una luz nueva frente al mal. La fe no es una droga ni un tranquilizante frente a las desgracias. Yo no me veo liberado del sufrimiento, pero le puedo dar un sentido nuevo y diferente. Dios quiere verme feliz. Puedo vivir sin autodestruirme ni caer en la desesperación.

¿Para qué creer? Para sentirme acogido por Dios cuando me veo solo e incomprendido; para sentirme consolado en el momento del dolor y la depresión; para verme fortalecido en mi impotencia y pequeñez; para sentirme invitado a vivir, a amar, a crear vida a pesar de mi fragilidad.

¿Para qué creer? Para situar las cosas en su verdadera perspectiva y dimensión; para vivir incluso los acontecimientos que parecen pequeños e insignificantes con más hondura; para tener más fuerza para amar a las personas.

¿Para qué creer? Para no ahogar en mí el deseo de vida hasta el infinito; para defender mi libertad y no terminar esclavo de cualquier ídolo; para vivir abierto a la verdad última de la vida; para no perder la esperanza en el ser humano.

¿Para qué creer? Para no vivir a medias; para no contentarme con «ir tirando»; para no ser un «vividor»; para vivir de una manera digna y gratificante; para no estancarme en la vida; para ir aprendiendo desde el evangelio maneras nuevas y más humanas de trabajar y disfrutar, de sufrir y de vivir.

Siempre me ha conmovido esa postura noble del gran científico ateo Jean Rostand. Cuentan que le gustaba repetir a sus amigos cristianos: «Vosotros tenéis la suerte de creer». Y, cuando planteaba la cuestión de la fe, solía afirmar: «De lo que yo estoy seguro es de que me gustaría que Dios existiera». Son palabras que hacen pensar.

Son bastantes las personas que poco a poco han arrinconado a Dios en su vida. Ya no cuentan con él a la hora de orientar y dar sentido a su vivir diario. No les preocupa que Dios exista o deje de existir. Piensan que tener fe es creer una serie de cosas extrañas que nada tienen que ver con la vida. Si quieres reavivar tu fe tienes que abrirte a un Dios vivo, que te quiere ver lleno de vida. Un Dios que puede ser para ti el mejor estímulo y la mejor ayuda para vivir.

Hoy se habla mucho de aquellos que se alejan de la fe, pero no se dice que hay personas que no solo no abandonan su fe, sino que se preocupan más que nunca de

cuidarla y purificarla, porque sienten que Dios les ayuda a enfrentarse a la vida de una manera más humana.

*Tú estás cerca,  
estás cerca siempre,  
seamos conscientes o no,  
te aceptemos o te rechazemos,  
te lo digamos o no.  
Tú estás cerca.*

PATXI LOIDI, sacerdote y poeta

## **NO DA LO MISMO CREER QUE NO CREER**

Tal vez pienses que los creyentes creemos en Dios porque hemos descubierto no sé qué pruebas, argumentos o razones que a ti se te escapan. No. La fe en Dios no brota así en nuestro corazón. Al menos yo no creo porque tenga pruebas científicas que me han convencido para creer.

La confianza en Dios nace dentro de mí en un nivel más hondo. Creer en Dios es creer en la vida, intuir que el mundo tiene un sentido último, confiar en el Misterio que encierra la creación: un Dios que es amor.

No es cuestión de pruebas que te den seguridad. Podemos estar muy seguros de las cosas más simples: sabemos que dos y dos son cuatro. Pero cuanto más profundo es el misterio en el que queremos ahondar, tanto más hemos de abrirnos a él, prepararnos interiormente, acogerlo con toda nuestra persona, escuchar toda llamada, por pequeña y humilde que nos pueda parecer.

Tal vez estés pensando: «Pero, ¿qué necesidad tenemos de plantearnos la cuestión de Dios?, ¿no hay asuntos más importantes?, ¿para qué nos puede servir Dios?, ¿cambia algo la vida?».

Como es natural, si una persona no ha vivido nunca la experiencia de creer en Dios, no puede sospechar qué significa creer en él. Incluso los que nos sentimos creyentes a veces no valoramos todo lo que encierra entender y vivir vida desde la fe en Dios. Aunque sea de manera torpe, voy a tratar de recordarlo.

Creer en Dios significa sentir que este mundo que me rodea y en el que vivo no es algo cerrado, sin profundidad



ni misterio alguno, algo que se termina en sí mismo. Esto es solo el «punto de partida». La Vida es más que esta vida. El mundo, tal como lo conozco hoy, lleno de problemas, conflictos y sufrimiento, no es nuestro destino último.

Creer en Dios significa sentir la vida como un regalo que me viene de una fuente que es amor y solo amor. Poder vivir esta vida que siento dentro de mí y de los demás como un proceso misterioso que nos está conduciendo a la plenitud de libertad, gozo y descanso final. No vivimos solos y perdidos. No estamos en manos del destino o la fatalidad. La vida está dirigida por un Padre.

Creer en Dios significa sentir con otra hondura mi propia dignidad. No soy solo un conjunto de células que dentro de muy poco se disolverá. Alguien ha pensado en mí. Alguien busca mi bien. Me siento sostenido y estimulado por Dios para hacer mi recorrido por este mundo con la esperanza y dignidad propias de un hijo de Dios.

Creer en Dios significa reconocer esa misma dignidad de hijos e hijas de Dios en todos los hombres y mujeres. Todos son amigos, todos son hermanos míos. También esas gentes que mueren de hambre, miseria y desnutrición en los países últimos de la Tierra. No somos solo miembros de la especie humana. Somos hermanos. Formamos una sola familia porque tenemos un mismo Padre.

Creer en Dios significa que no puedo vivir de manera aislada, desentendiéndome de los demás. No podré hacer grandes cosas, pero sé que, desde mi pequeñez, he de contribuir a una vida más humana, más digna y dichosa para todos, empezando por los últimos, los más solos y desvalidos, los más indefensos y maltratados por la vida o las injusticias.

Creer en Dios significa creer que el mal, la injusticia y la muerte no tienen la última palabra. Un día, todo lo que aquí no ha podido ser, lo que ha quedado a medias, nuestros anhelos más grandes, nuestros deseos más íntimos, alcanzarán en Dios su plena realización.

No es lo mismo creer en Dios que no creer. Tú eres quien tienes que elegir cómo quieres vivir y morir. Si permaneces indiferente sin elegir nada ya estás eligiendo. Has elegido



no elegir. Probablemente es la elección más pobre y desafortunada.

*No te conozco bien,  
no conozco ni siquiera mis necesidades...  
Tú me conoces por entero...  
Me has creado a tu imagen  
de un poco de polvo  
y me has hecho hijo tuyo.  
Honor, gloria y alabanza a ti.*

SUNDAR SINGH cristiano indio (1889-1929)

## **2. ¿ES POSIBLE REACCIONAR?**

### **NUNCA ES TARDE**

Seguramente has conocido a alguna persona que, en un momento determinado, te ha sorprendido cambiando profundamente su estilo de vida. Parece otra. Se la ve actuar de manera diferente, con más alegría y generosidad, con más autenticidad.

Tú sabes que no es lo habitual. Por lo general cambiamos poco. Somos los mismos a través de las distintas etapas de nuestra vida: con los mismos errores y defectos, con los mismos egoísmos de siempre. ¿Por qué no cambiamos?

Muchas veces no creemos en nuestra propia transformación. Según van pasando los años nos podemos hacer cada vez más escépticos. ¿No te está pasando a ti algo de esto? Te conoces demasiado para creer que realmente puedes cambiar. Es nuestra primera equivocación: no ser conscientes de todas las posibilidades que se encierran dentro de nosotros. No digas nunca: «Es que yo soy así», «es mi temperamento», «no tengo fuerza de voluntad». Te puedes hacer mucho daño pensando así. Tu vida puede cambiar más de lo que crees.

Otras veces no cambiamos porque realmente no deseamos cambiar. Nos contentamos con «corregir» algún aspecto de nuestro comportamiento para evitarnos mayores complicaciones y molestias, pero no nos atrevemos a plantearnos un cambio más profundo. Nos da miedo pensar en las consecuencias que se seguirían de tomar más en serio la vida y la fe.

Otras veces no nos atrevemos a llamar a las cosas por su nombre. No queremos hacernos preguntas que ya están dentro de nosotros: ¿estoy contento con la vida que llevo?, ¿no me estoy organizando todo de una manera cada vez más individualista y superficial?, ¿por qué me he alejado de todo lo religioso?, ¿qué pienso de verdad sobre la vida?

Por lo general, no nos gusta hablar de cambio, menos aún de conversión. Enseguida pensamos en algo penoso,

muy unido a la penitencia y el ascetismo. ¿Has pensado tú alguna vez en tu propia conversión o te parece un lenguaje absurdo que no tiene ningún sentido para ti?

Si escuchas un poco la voz de ese Dios que te habla desde dentro sin palabras humanas sentirás una llamada suave y alentadora a ir cambiando tu corazón. Dios no espera de ti algo forzado. Sencillamente quiere verte viviendo una vida más humana y más dichosa. No tienes que esforzarte para intentar hacerlo todo bien. No. Lo importante es que escuches a Dios, que te quiere ver viviendo mejor.

El cambio que Dios te pide no es algo triste y penoso. Es exactamente lo contrario: ir descubriendo una manera más gozosa de vivir. Escuchar a Dios con sinceridad no es renunciar a disfrutar de la vida. Es sentirse más vivo que nunca; descubrir hacia dónde puedes orientar tu vida; empezar a intuir que puedes vivir de otra manera más profunda y plena.

Si escuchas la voz de Dios dentro de ti irás limpiando tu mente de egoísmos e intereses que, en el fondo, te hacen daño; irás liberando tu corazón y tu vida de líos y complicaciones que te estás fabricando tú mismo con tus actuaciones equivocadas; aprenderás a prescindir de cosas que no necesitas para ser feliz y, sobre todo, aprenderás a querer más a personas que te necesitan.

Es fácil saber cuándo vas cambiando tu vida en la línea de lo que Dios quiere de ti. Sencillamente cuando no te preguntes: «¿Cómo puedo ganar más dinero?», sino que pienses: «¿Cómo puedo ser más humano?». Cuando no te preocupes tanto por disfrutar de esto y de aquello, sino que te digas: «¿Cómo puedo llegar a ser más libre y más sincero conmigo mismo?».

No tengas miedo de fallar una y otra vez. Dios te entiende. Comprende tu debilidad y te anima a seguir caminando. Puedes presentarte ante él tal como estás. De él solo escucharás una palabra de perdón y de aliento.

Nunca es tarde para cambiar, porque nunca es tarde para ser más feliz; nunca es demasiado tarde para dejarse perdonar y renovar por Dios. Seguramente no te lo crees, pero tú puedes ser mejor.

*Oh Dios, yo sé que tú eres sincero  
y no mientes jamás.  
Haz que permanezca firme en la fe  
y que no ceda ante las dudas.  
No porque mi oración es buena,  
sino porque tú eres la verdad...  
Me cuesta aceptar tu voluntad.  
Dame fuerza para ser obediente y no sucumbir a la  
tristeza.*

MARTÍN LUTERO reformador protestante (1483-1546)

## **EL DESEO DE CREER**

Los expertos afirman que está creciendo en Europa la fe en el espiritismo, la visita a los adivinos y echadoras de cartas, el interés por los horóscopos o la curiosidad por la clase de sectas extrañas. Tal vez lo has podido observar tú mismo. Entre nosotros hay personas que han abandonado a Dios hace tiempo y ahora se interesan por este tipo de cosas.

No es tan extraño. Al parecer, nuestro corazón no puede vivir vacío. El ser humano necesita creer en algo o en Alguien. Si la persona deja de creer en Dios, poco a poco comienza a rellenar su hueco con otras «creencias de reemplazo».

También a ti te puede pasar algo de esto. Si tu corazón se va vaciando de verdadera fe en Dios, pronto lo irás llenando con otras cosas que pongan un poco de seguridad y alegría en tu interior. Cada vez creerás más en el dinero, el bienestar o el consumismo. Vivirás esperando el fin de semana o las vacaciones. Lo pasarás bien, pero es fácil que vez en cuando sientas que te falta algo. Así no es fácil vivir de manera plena.

Es bueno que sientas esa especie de «nostalgia» de Dios. El día en que no sientas necesidad de nada nuevo en tu vida será señal de que estás muerto por dentro. Lo que más te aleja de Dios no son las dudas e interrogantes que brotan de ti, sino tu indiferencia, ese desinterés por todo lo que podría transformar tu vida.

Si buscas sinceramente a Dios te verás envuelto más de una vez en la oscuridad o la duda. Es normal. Tienes que ir superando unas convicciones que te inculcaron de niño, pero que tal vez no son las más adecuadas para ti hoy. Tienes que aprender a creer de manera diferente en un Dios que solo quiere para ti lo que es bueno. Lo importante es que no desaparezca en tu corazón el deseo de creer en él y de buscarlo con confianza.

Si mantienes esta actitud dentro de ti, cada duda y cada interrogante puede ser un punto de partida para despertar en ti un deseo más grande de Dios. Es fácil que en estos momentos no me entiendas lo que te quiero decir, pero es así. Lo importante no son las fórmulas, las ideas o las imágenes que se te han quedado grabadas desde niño. Tu fe no se basa en eso. Tu fe en Dios no crecerá hablando o discutiendo de «cosas de religión». Tú te irás acercando a Dios si vas limpiando tu corazón de la superficialidad e indiferencia, y sobre todo si sabes decirle de vez en cuando: «Señor, no acierto a creer. Aumenta tú mi fe».

Si vives así, lo podrás ir descubriendo en las experiencias más normales de tu vida. Un día te encontrarás triste y desanimado, sin saber casi ni por qué; tal vez en esos momentos precisamente puedes recordar que no estás solo, que puedes contar con Dios. Otro día puedes sentirte eufórico, todo te está saliendo bien; no sabes por qué, pero te acuerdas de Dios y le das gracias. En otro momento te puedes sentir mal contigo mismo, no has actuado bien, te sientes pecador; es el momento de recordar que Dios te comprende y te perdona. Así, de manera sencilla y casi sin darte cuenta, Dios puede estar cada vez más presente en tu vida.

Para confiar en Dios es importante tu propia experiencia. No necesitarás que otros te hablen mucho. Si tú ves que Dios te ayuda a vivir de manera más digna; si experimentas que te da fuerzas para enfrentarte a los problemas de cada día; si sientes que te impulsa a ser más humano y generoso; si te hace pensar más en los que sufren... En una palabra, si Dios te hace bien, tu fe irá creciendo.

*Cuando te apartas del fuego, el fuego sigue dando calor,  
pero tú te enfrías.  
Cuando te apartas de la luz, la luz sigue brillando,  
pero tú te cubres de sombras.  
Lo mismo ocurre cuando te apartas de Dios.*

AGUSTÍN obispo de Hipona (354-430)

## **NO BASTA CON PASARLO BIEN**

También a ti te puede pasar lo que a otros muchos. Cada vez te interesan menos las grandes cuestiones de la existencia. Pasas de lo «importante» de la vida. Te preocupas de tus asuntos de cada día. Basta. Es verdad que te informas de muchas cosas para saber lo que está pasando, pero no te ayuda mucho para conocerte mejor a ti mismo ni para orientar tu vida de manera más acertada.

Si te analizas un poco, tal vez te darás cuenta de que solo te interesa de verdad vivir lo mejor posible. Aprovecharte, disfrutar de la vida, sacarle el mayor jugo posible. ¿No es eso lo importante? Cada vez te cuesta más interesarte por algo que no sea tu bienestar, tu dinero o pasarlo bien.

Sin darte cuenta, eso te puede ir llevando a un estilo de vida bastante superficial. No tienes grandes objetivos en la vida. Tampoco ideales de ningún tipo. Lo importante para ti es ser práctico: buscar lo que a ti te va bien. Es bueno lo que te apetece y malo lo que te disgusta. Eso es todo. ¿Te atreverías a decir cuáles son los criterios que guían tu vida?

Seguir por ese camino es muy tentador, pero te puede hacer más daño de lo que piensas. Te puedes ir quedando sin metas ni puntos de referencia. Por fuera tu vida parece algo pero ¿qué vives por dentro? Sin darte cuenta, al sexo le llamas amor; al placer, felicidad; a la información de la tele cultura. Poco a poco puedes ir vaciando tu vida de contenido humano.

Pero tú, como todos, eres demasiado grande para contentarte con cualquier cosa. No es fácil vivir una vida que no apunta hacia ninguna meta. Tampoco basta con

pasarlo bien. Necesitas algo más. La vida se puede hacer insoportable cuando todo se reduce a fachada y superficialidad.

Un día te puedes sentir cansado de vivir una vida tan «rebajada». Tarde o temprano se puede despertar dentro de ti la llamada a vivir algo diferente. Tú has nacido para vivir bien, pero no de cualquier manera. Estás hecho para cultivar tu espíritu y tu alegría interior.

Lo importante es que no te pases la vida engañándote a ti mismo. Mira bien lo que estás viviendo. Busca la verdad. ¿Es eso lo único que quieres vivir? No te empeñes en cerrar los ojos y tirar hacia adelante. Puedes vivir mejor. Si entras dentro de ti es fácil que te des cuenta de que estás fallando en algo. Hay en tu vida actuaciones que te están haciendo daño. No es esto lo que hubieras querido. En el fondo desearías vivir de otra manera.

No tienes que hundirte en el desaliento o el pesimismo. Verte a ti mismo con honestidad es saludable. Te dignifica. Te ayuda a reaccionar. No todo es malo dentro de ti, ni mucho menos. Hay en ti una fuerza que te atrae y te empuja hacia el bien. Hay algo que te llama a vivir de una manera más digna, más generosa, más sincera, más solidaria. Seguro que te sentirías mejor.

Esto te exigirá introducir pequeños cambios en tu vida. No pienses en cosas grandes. No vas a cambiar de un día para otro. Ahora lo importante es que cambies tu forma de entender la vida. Que tomes una dirección más sana. Que empieces a vivir de una manera un poco más consciente y sincera. Que no te sigas engañando.

Yo no sé si crees en Dios con fuerza en lo íntimo de tu corazón o si tu fe se está apagando. No importa. Si quieres cambiar tu vida, confía en él. Sentirás dentro de ti una fuerza que ahora no puedes sospechar. Dios se interesa por ti más que tú mismo. No te va a ir resolviendo los problemas de cada día, pero te puede ayudar a resolver «el problema» de esa vida tuya mediocre y estropeada.

Es Dios el que ha creado tu corazón. Sabe cómo eres. Conoce tus buenos deseos y también tu debilidad. Dios te comprende y te espera. No tiene ninguna prisa. Solo quiere verte vivir cuanto antes de manera más plena, gozosa y feliz.

*Ten misericordia de mí, oh Dios,  
lávame a fondo de mi culpa,  
limpia mi pecado...  
Tú quieres sinceridad interior,  
y en lo íntimo me inculcas sensatez.  
Crea en mí un corazón limpio,  
renuévame por dentro,  
devuélveme la alegría de tu salvación.*

SALMO 50

## **RENDIJAS**

También a ti te puede suceder lo que les pasa a muchos. No saben exactamente si creen o no creen. Sencillamente se han instalado en una forma de vida en la que poco a poco Dios se ha ido como «borrando». Es algo bastante frecuente hoy. Detrás de tu «crisis religiosa» puede encerrarse una crisis anterior. Si te has alejado de Dios, puede ser porque antes te has alejado de ti mismo.

Me explico. Si tú no te pones nunca en contacto profundo contigo mismo, si no bajas nunca al fondo de tu ser, si no te paras a escuchar las preguntas que hay dentro de ti, si no quieres ahondar honestamente en el misterio de la vida hasta el final, ¿cómo te vas a encontrar con Dios?

Tengo un amigo teólogo en Barcelona que no solo ha escrito obras importantes sobre Dios, sino que ha ayudado a no pocos a encontrarse con él. Se llama José María Rovira. En uno de sus libros dice así: Dios se acerca a nosotros, «buscando la rendija que el hombre mantiene abierta a lo verdadero, a lo bueno, a lo bello, a lo humano». Si tú quieres encontrarte con Dios, tienes que abrir en tu vida pequeñas rendijas por las que él pueda entrar en tu corazón.

Tal vez tu vida es hoy un pequeño laberinto. Vives ocupado en mil cosas. Te mueves y te agitas sin cesar, pero no sabes de dónde vienes, a dónde vas ni qué quieres. Si aprendes a pararte un poco y pensar en todo lo bueno que hay en tu vida, estarás abriendo una rendija a Dios.

Quizá vives una vida descafeinada, frívola e intrascendente. Lo único que te importa es vivir



entretenido. Si un día comienzas a pensar en una vida un poco más honda y más llena de sentido, estarás abriendo una rendija a Dios, que está en lo más profundo de ti mismo.

Tal vez vives girando siempre en torno a ti mismo y a tus pequeños intereses. Tu vida es pura apariencia. Te preocupas mucho de tu imagen. Más que hacer el bien, lo que realmente te interesa es «quedar bien». Si comienzas a buscar con sencillez más verdad en tu vida, Dios encontrará una rendija para visitarte.

Te puede pasar otra cosa. Vives encerrado en tu propio «ego». No sabes vivir de otra manera. Tratas con muchas personas, pero solo te interesas por ti mismo. No conoces el amor, la amistad ni la ayuda generosa. Utilizas a los demás con habilidad para buscar siempre tu provecho. Si un día empiezas a amar a alguien de manera desinteresada, estarás abriendo un camino a Dios, porque Dios es amor.

Quizá vives dividido y fragmentado en mil trozos. Siempre de prisa, siempre lleno de ruido. Hablas mucho, pero meditas poco. Se te ve agitado y corriendo, pero no vas a ninguna parte. Tu vida empieza a ser monótona y aburrida. Si aprendes a vivir más despacio y con más paz, te será más fácil encontrarte con Dios.

Tal vez te contentas con un bienestar hecho de cosas y tu corazón está atrapado solo por preocupaciones de orden material. Buscas la satisfacción inmediata de tus deseos y el placer a cualquier precio. Solo si empiezas a ocuparte de algo más trascendente y eterno abrirás una rendija a Dios.

En ti hay muchas «rendijas» por las que Dios puede penetrar en tu vida. Si quieres encontrarte con él, es bueno invocarle, leer el evangelio, comunicarte con creyentes..., Pero es decisivo que cuides mejor todo lo bueno, lo verdadero, lo bello y humano que hay en tu vida. En todo eso se hace presente Dios.

No olvides que Dios no está lejos de ti. Oculto en el interior mismo de tu vida, él sigue tus pasos y te acompaña con amor respetuoso y discreto. Dios es así.

*No camines delante de mí,  
que no te podré seguir.*

*No camines detrás de mí,  
que no te podré conducir.  
Camina justamente junto a mí,  
para, sencillamente, ser mi amigo.*

ALBERT CAMUS, escritor francés  
(1913-1960)

## **PREGUNTAS**

Probablemente tú no rechazas a Dios. Al menos nunca te lo has planteado así cuando te has ido alejando de la religión. Lo que te pasa es que no aciertas a creer y tampoco ves muy claro para qué te puede servir la fe. ¿Por qué no empezamos por aclarar algunas cosas?

¿Se le puede obligar a uno a creer? No. Nadie te puede forzar desde fuera para que creas. Te tienes que sentir absolutamente libre. Tú eres el responsable último de w vida. Eres tú el que tienes que decidir cómo quieres vivir y morir. Lo que podemos hacer es dialogar entre nosotros, compartir honestamente nuestras experiencias y ver si nos podemos ayudar un poco a acertar en la vida.

¿Hay que hacer algo para creer? Sí, desde luego. No basta con hablar de estas cosas de manera indiferente o frívola. Tampoco es suficiente dejarte llevar por la tradición. Eres tú el que tienes que aprender a sentirte a gusto con Dios. Pero, ¿qué tienes que hacer en concreto? Para empezar, estar más atento a lo que hay dentro de tu corazón, y atreverte a escuchar las llamadas que te brotan desde dentro.

¿Hay algún método para aprender a creer? No. Cada persona tiene que recorrer su propio camino. No hay recetas ni fórmulas mágicas. Lo importante es que seas honesto, que trates de escuchar la vida hasta el fondo y que busques a Dios con confianza. Eso sí, lo tienes que tomar con seriedad y dedicar a esto un cierto tiempo.

Pero ¿no es la fe cuestión de temperamento? Sin duda hay personas más sensibles al misterio de Dios y personas menos dispuestas, pero la fe no es un asunto de personas «crédulas» o «sensibleras». No tienes que forzar tu manera de ser. Tú puedes y debes buscar a Dios desde tu propio

temperamento. Dios quiere encontrarse contigo tal como eres.

¿Se puede creer teniendo dudas? Por supuesto. Para ser creyente no es necesario que resuelvas todos los interrogantes y dudas que te vienen a la cabeza. Lo decisivo es que te relaciones con Dios honestamente. No es más creyente el que con más seguridad habla de los «dogmas» o la doctrina cristiana, sino quien se esfuerza sinceramente por vivir en la verdad ante Dios. Lo importante es que no te engañes a ti mismo ni trates de engañar a Dios

¿Hay que sentir algo especial para volver a creer? No necesariamente. Algunos suelen sentir paz y alegría interior; tienen la sensación de estar descubriendo el camino acertado. Pero lo importante no es buscar «experiencias especiales», sino dar pasos prácticos donde se vea tu deseo sincero de descubrir el sentido último de tu existencia: dedicar algún tiempo a reflexionar sobre tu vida, leer el evangelio para conocer mejor a Jesús, rezar...

Crear ¿es sencillo o complicado? Mira, creer es tan sencillo y al mismo tiempo tan complicado como lo es vivir o amar. A veces te parecerá la única manera de vivir de modo digno y dichoso. Otras veces te puede parecer difícil y duro. Pero, si te encuentras de verdad con Dios, ya no lo olvidarás; si te encuentras con Jesús de Nazaret en el fondo de tu ser, tu vida cambiará, serás diferente.

*"Deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedícate un rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia... Excluye todo, excepto a Dios y lo que pueda ayudarte a buscarle."*

ANSELMO DE CANTERBURY, monje benedictino  
(1033-1109)

## **3. ¿CÓMO BUSCAR A DIOS?**

### **BUSCAR LA VERDAD**

Os he escuchado a más de uno: «Me gustaría conocer la verdad, saber dónde se esconde el misterio de la vida». Alguien me decía hace poco: «Se me hace duro vivir sin saber dónde está la luz». Probablemente esta es una de las preguntas más importantes que pueden brotar de nuestro ser: ¿qué es la verdad?, ¿dónde la podemos encontrar?

Puede pasar mucho tiempo sin que pienses en estas cosas, pero si alguna vez sientes un deseo de luz y de verdad, aunque sea muy pequeño, llénate de alegría. Estás vivo por dentro. Hay algo dentro de ti que quiere despertar.

Lo primero que tienes que recordar es que la verdad no es una fórmula que se pronuncia con los labios ni un dogma elaborado por algunos sabios. La verdad no es tuya, ni mía, ni de nadie. No es hindú, ni cristiana, ni mahometana. La verdad no pertenece plenamente a nadie. Todos caminamos por la vida «a tientas». La verdad última nos supera a todos. Lo más acertado es adoptar una postura de búsqueda humilde y honesta.

Cometerás un error si piensas que estás en la verdad porque te agarras firmemente a tus propias ideas, tus opiniones o tus creencias. Por mucho que te repitas a ti mismo argumentos a favor de la fe o por mucho que discurras para rechazarla, por mucho que leas y estudies, por muchas «cosas» que sepas, ¿qué sabes todavía de la verdad?

Antes que nada, tienes que hacerte una pregunta: ¿quiero realmente conocer la verdad? Piénsalo. Aunque te parezca extraño, es bastante raro encontrarse con personas que desean y buscan la verdad. Es más fácil vivir huyendo de nosotros mismos, sin escucharnos hasta el fondo.

Hay algo que puede cambiar de raíz nuestra manera de «buscar», y consiste en no olvidar esto: no se trata de esforzarnos por «poseer la verdad», sino de dejar que la verdad se vaya apoderando de nosotros y nos transforme poco a poco.

Estos años me he preocupado por conocer la trayectoria de científicos, místicos o poetas que han buscado apasionadamente la verdad. No todos viven la misma experiencia, pero parecen estar de acuerdo en esto: lo esencial permanece fuera de nuestro alcance, la verdad última sigue siendo un misterio.

Por eso, los grandes «buscadores de la verdad» terminan viviendo en una postura muy humilde y abierta. La búsqueda los conduce a una actitud de «adoración», «abandono al misterio», «confianza en Dios», «amor a la vida», «paz nueva y desconocida». No alardean de nada. Sencillamente siguen buscando.

Es verdad que la cultura moderna nos ha querido convencer de que en el futuro no habrá ya ningún misterio, pues la ciencia lo aclarará todo. Hoy son los mismos científicos los primeros en decirnos que esto es absolutamente falso. La ciencia no hace sino agrandar más y más el misterio que nos rodea.

Durante estos años se ha ido difundiendo entre nosotros un «pequeño dogma» que dice así: «Solo existe lo que puede ser captado por nuestra razón o fundamentado por nuestra ciencia». Este dogma ha caído ya por tierra, pues no se puede sostener científicamente. ¿Quiénes somos nosotros para decidir que solo existe la verdad que cabe en nuestras pequeñas mentes?

No lo podemos evitar. Siempre viviremos buscando verdad y luz. Cuando pienso en todo esto, me suelen venir a la mente las palabras de Jesús: «Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8,31). No sé qué sentiréis vosotros al escucharlas. A mí me atraen.

*Señor, Dios mío,  
tú eres más grande que nuestras palabras,  
más silencioso que nuestro silencio,  
más profundo que nuestros pensamientos,  
más elevado que nuestros deseos...  
Danos, oh Dios soberano,  
tan grande y tan cercano,  
un corazón lleno de vida*

*y unos ojos nuevos  
para descubrirte  
y para acogerte  
cuando vienes a nosotros.*

FRANCISCO DE SALES, obispo de Ginebra (1567-1622)

## **ABRIR LOS OJOS**

Cuando me encuentro con personas que me dicen alegremente que no creen en Dios, suelo pensar casi siempre lo mismo: ¿qué sentirá una persona cuando pasa de creer en Dios a dejar totalmente de creer en él? ¿Qué quiere decir uno cuando afirma con toda seguridad que ya no cree en Dios?

A lo largo de estos años, todos hemos cambiado mucho por dentro. Muchos hemos sometido a una crítica seria nuestra fe y nuestra manera de vivir la religión, pero no todos hemos seguido el mismo camino.

Algunos, después de una crítica total de lo religioso, han arrojado por la borda como algo totalmente inútil la fe en que se habían formado desde niños. Hoy viven sencillamente sin Dios. ¿Se ha enriquecido así su vida? No lo sé.

Otros han ido buscando, muchas veces con esfuerzo y dolor, el verdadero rostro de Dios. No se sentían bien con su fe infantil de siempre, pero no se han contentado con destruir imágenes falsas de Dios. Han buscado positivamente encontrarse con él. Hoy, a pesar de sus limitaciones y dudas, viven una experiencia diferente de Dios. Se sienten de nuevo a gusto con él. Dios se ha convertido en un Amigo bueno.

Y tú, ¿qué has hecho estos años? ¿Te has instalado en una religión rutinaria y aburrida? ¿Has buscado alimentar tu fe de manera nueva? ¿Te da todo igual? ¿Por qué unos se inclinan a creer en Dios y otros sienten «necesidad» de rechazarlo?

A veces pienso que nuestro gran error es no «abrir los ojos». Dice un proverbio judío que «lo último que ve el pez es el agua». Así somos nosotros. Como peces que no ven el agua en que están nadando, como pájaros que no ven el

aire en el que vuelan. Nos movemos y vivimos en Dios, pero no lo vemos.

A veces me parece que creer es sencillo, y nosotros lo hemos convertido en algo muy complicado. Dios está muy cerca de cada uno de nosotros, y casi siempre lo imaginamos en un mundo extraño y lejano. Queremos comprobar su existencia con argumentos y no saboreamos su presencia dentro de nosotros. Discutimos de religión, pero no escuchamos sus llamadas.

Haz tú mismo la prueba. Lo importante es abrirse a la vida hasta el fondo y acoger con confianza el misterio que te envuelve. No vivas tan esclavo de lo que te presiona desde fuera. Párate un poco. Baja en silencio a lo más íntimo de ti mismo y atrévete a decir con toda sinceridad: «Dios mío, que vea».

Yo solo puedo decirte que he visto a más de uno que se ha atrevido a dar este paso. Se habían cansado ya de hablar contra el papa, la Iglesia o la religión. Después de haber abandonado durante muchos años toda clase de prácticas y creencias, un día se han puesto en silencio ante Dios y se han atrevido a hacer esta humilde oración: «Dios mío, que vea». Poco a poco, algo ha empezado a moverse en su interior.

¿No necesitas tú despertar más tu deseo de verdad para estar más atento a las llamadas de Dios? ¿No necesitas desarrollar más esa sensibilidad interior que todos tenemos para percibir, más allá de lo visible y lo audible, esa presencia del que está sosteniendo tu vida? ¿No necesitas abrir los ojos?

No vivas como una persona que cree saberlo todo. No pienses nunca que tú lo tienes todo claro. No es verdad. Todos, creyentes y no creyentes, ateos y agnósticos, caminamos por la vida envueltos en tinieblas. Los científicos más prestigiosos de nuestro tiempo se encuentran tan impotentes como los humildes pobladores del Paleolítico para contestar a las preguntas decisivas del ser humano: «¿Es la vida un paréntesis entre dos grandes "vacíos"?, ¿cuál es el destino último de la humanidad?, ¿nos espera algo o alguien después de la muerte?».

Vive más bien como un «ciego» que busca luz y se quiere dejar «iluminar». Atrévete a enfrentarte con el



misterio de la vida confiando en un Dios que no está lejos de ti. Quizá sientas que la fe se te ha ido convirtiendo en algo cada vez más irreal. No importa. Tal vez ahora que no te puedes apoyar en falsas seguridades puedas adoptar una postura humilde y sincera de búsqueda. La única que Dios quiere de ti.

*Estar ahí ante ti, Señor, eso es todo.  
Cerrar los ojos de mi cuerpo y de mi alma  
y permanecer quieto y en silencio,  
para abrirme a ti, que estás ahí,  
abierto hacia mí.  
Estar simplemente  
para encontrarte sin obstáculos  
en el silencio de la fe.*

MICHEL QUOIST, escritor francés

## **LIBERARSE DE REPRESIONES**

Me voy encontrando cada vez con más frecuencia con personas que me hablan más o menos en estos términos: «En el fondo yo desearía creer de verdad en Dios, pero no puedo. Todo me parece un engaño. No quiero complicarme de nuevo con aquellos cuentos que me contaron de niño». ¿No te pasa a ti algo de esto?

Has vivido cambios tan profundos durante estos años que ya no aciertas a ver qué puede haber de verdad en aquella fe infantil que todavía recuerdas alguna vez. Has suprimido de tu vida casi todo lo que tiene que ver con la religión. Ya no te comunicas con Dios. Pero, ¿es esto lo único que puedes hacer?, ¿es lo más acertado?

Aunque no pienses mucho en estas cosas, probablemente hay dentro de ti muchos interrogantes sin resolver. Por una parte te preguntas: «Todo lo que hemos creído desde niños ¿habrá sido un enorme engaño, un error monumental alimentado ingenuamente durante siglos?». Por otra parte no puedes evitar una especie de «nostalgia» en tu interior: ¿es bueno vivir sin creer en nada? ¿No se necesita una luz interior, una fuerza, una esperanza para enfrentarse de manera digna y responsable a la vida?



Pero quieres ser honesto. Aquello que todavía recuerdas de lo que aprendiste de niño, lo que escuchas y ves cuando entras en una iglesia, el lenguaje que hablan el papa, los obispos o los curas... apenas tiene eco en tu corazón. Entonces es fácil que sientas una especie de malestar: ese Dios en el que a veces quisieras creer y confiar queda como tapado, encubierto por toda clase de prejuicios, dudas y recelos que nacen dentro de ti.

Si te quedas solo en eso te puede pasar lo que les está ocurriendo hoy a bastantes personas: que su religión queda «reprimida» de manera poco sana en su conciencia. Probablemente habrás oído hablar del psicoterapeuta Victor Frankl. Este científico, reconocido mundialmente como fundador de la logoterapia, afirma que Dios está hoy «reprimido» en lo profundo del inconsciente de no pocas personas que, por diversos motivos, han «ahogado» su relación con el Creador.

Tal vez también tú vives reprimido en el campo de la fe, sin desarrollar de manera sana tu inquietud religiosa. Te has sacudido de encima una religiosidad infantil, pero no las has sustituido con nada. Tal vez te has instalado en una vida pragmática y superficial que te impide llegar con un poco de hondura al fondo de ti mismo. En tu vida apenas queda sitio para Dios.

Lo grave es que esta «represión religiosa», lo mismo que la represión sexual o cualquier otra, no te hará ningún bien. Cuando la fe queda atrofiada y sin desarrollar, bloqueada por imágenes y experiencias negativas que se arrastran desde la infancia, la persona no puede encontrarse con Dios de manera sana, libre y confiada.

Para liberarse de esta «represión religiosa», lo primero es tomar conciencia de lo que te puede estar pasando. Eres víctima de un pasado que no te hace bien, pero dentro de ti hay un deseo de sentir a Dios de otra manera, como amigo y liberador. Dios te entiende, comprende tus dificultades para creer y conoce los deseos que hay en ti.

No seas esclavo de tus prejuicios. Dios es más grande que todos nuestros esquemas, fórmulas y discursos. Lo importante es que le busques con un corazón sencillo y sincero. Como dice el profeta Isaías, Dios es «un Dios escondido». Está latente en lo más íntimo de tu ser,

aunque tú lo hayas olvidado. Él hallará un camino para encontrarse contigo.

*Vengo a ti, Dios mío, desde un país lejano...  
Solo te pido que me acojas con tu misericordia.  
Tú conoces mis secretos más íntimos,  
nada se te oculta de mi ser.  
Soy un pobre que implora tu ayuda  
y busca tu protección.  
Vengo a ti anhelando tu perdón.*

*ORACIÓN RITUAL MUSULMANA*

## **PERDER EL MIEDO A LA RELIGIÓN**

¿Tienes miedo a la religión? La pregunta te puede sorprender, pero Dorothee Sölle, tal vez la teóloga de mayor prestigio en nuestros días, recientemente fallecida, decía en uno de sus libros más leídos que uno de los fenómenos más claros hoy en Europa es el «miedo a la religión».

No está bien visto interesarse por lo religioso. La misma palabra «religión» despierta en bastantes personas una actitud de defensa. Yo mismo lo he podido comprobar más de un vez. Basta plantear el problema de Dios en un grupo para que se produzca un silencio tenso. Es mejor cambiar de tema.

Es fácil que tú también mires con recelo todo lo que tiene que ver con la religión o los curas. No te ves a ti mismo rezando, pensando en Dios o practicando la religión. ¿No está desfasado todo eso? ¿Para qué puede servir la religión en una sociedad adulta y progresista?

Seguramente hay muchas razones para que sientas esa especie de «rechazo» hacia la religión, pero hay algo que no podemos olvidar. Las personas preferimos casi siempre lo fácil y nos ponemos en guardia frente a aquello que exige riesgo y nos pide un compromiso responsable.

Probablemente nos da miedo tomar en serio a Dios porque nos da miedo tomar en serio nuestra vida para vivirla hasta el fondo de manera honesta. Es más fácil «ir tirando» sin atrevernos a afrontar el misterio último del mundo.

También a ti te puede pasar lo que a otros muchos. Vives sin saber exactamente por qué ni para qué, sin preguntarte nunca si estás acertando o no. Sigues viviendo y punto. De momento, que nadie te moleste. Bastante tienes con trabajar, enfrentarte a los problemas de tu casa y organizarte lo mejor posible el fin de semana. ¿Qué más hay que hacer? De alguna manera nos tenemos que defender. Todos y cada uno vamos buscando el estilo de vida que nos resulta más cómodo o nos va mejor, aunque más de una vez sentimos que nos falta algo para vivir la vida de manera más plena.

No nos hemos de engañar. Tenemos miedo a plantearnos la vida en toda su verdad. Nos da miedo cualquier experiencia que pueda poner en peligro nuestro pequeño mundo de bienestar, obligándonos a descubrir el vacío y la mediocridad de nuestra vida. Preferimos seguir «funcionando» sin Dios porque Dios nos recuerda exigencias muy profundas.

Probablemente nuestro mayor pecado, el que nos bloquea por dentro a todos, creyentes y menos creyentes, es la cobardía. Vamos a decirlo con toda claridad. No nos atrevemos a tomar en serio a Dios tal como nos lo ha descubierto Jesús. Vosotros decís que os habéis alejado de la fe. No lo sé. A veces me parece que habéis abandonado una religión superficial y la habéis sustituido por un agnosticismo igualmente superficial, sin plantearos en serio la verdad de vuestra vida. Nosotros decimos que creemos en Dios, pero luego convertimos muchas veces la religión en un conglomerado de ritos y prácticas que nos tranquilizan, pero no transforman nuestra vida.

Aquel gran teólogo que fue Karl Rahner solía decir, con la humildad propia de los hombres sabios, que muchas veces le rezaba a Dios con estas palabras: «Dios mío, ayúdame a no contentarme con creer que soy cristiano, sino haz que llegue a serlo de verdad». ¿Por qué nos vamos a engañar?. Es fácil decir que uno es cristiano y cree en Dios. Es fácil decir que uno ha abandonado todo eso para ser más honesto y coherente. Hasta ahí todo son palabras. La pregunta que nos podemos hacer todos es esta otra: ¿me atrevo ya a plantearme en serio la verdad última de la vida?

*Anoche, cuando dormía,  
soñé, ¡bendita ilusión!,  
que un ardiente sol lucía  
dentro de mi corazón.  
Era ardiente porque daba  
calores de rojo hogar,  
y era sol porque alumbraba  
y porque hacía llorar.  
Anoche, cuando dormía,  
soñé, ¡bendita ilusión!,  
que era Dios lo que tenía  
dentro de mi corazón.*

*ANTONIO MACHADO, poeta (1875-1939)*

## **CONFIAR**

No sé si estarás de acuerdo. Al parecer, en la sociedad contemporánea está creciendo la desconfianza. Así lo dicen las encuestas y sondeos de opinión. La gente desconfía cada vez más de los compañeros de trabajo y de los vecinos. Desconfía de la Administración, no cree en las promesas de los políticos. Va retirando su confianza a la Iglesia. No espera mucho de nadie.

Los expertos dicen que las causas son diversas. La competitividad, la falta de comunicación, la inseguridad ante el futuro están haciendo nacer un tipo de persona que se pone a la defensiva y toma siempre sus «precauciones».

No sé si es así. Lo cierto es que vivir desde una actitud desconfiada no ayuda a vivir de manera plena. Tú lo sabes: para enfrentarse a la vida de cada día de manera positiva y creativa hay que vivir con confianza.

Hace unos años leí las cartas que Dietrich Bonhoeffer escribió desde la cárcel donde estaba encerrado por los nazis. En una de ellas, escrita pocos días antes de su ejecución, el gran teólogo y mártir escribía así: «Nada hay peor que sembrar y favorecer la desconfianza; al contrario, debemos favorecer la confianza en todas partes donde sea posible. Ella seguirá siendo para nosotros uno de los mayores regalos, de entre los más raros y bellos».

Estoy convencido de que es así. Es la confianza lo que te puede sostener en las situaciones más difíciles y lo que te dará siempre un potencial grande de energía para enfrentarte a tus problemas. Si te dejas atrapar por el escepticismo y el recelo, si vives desconfiando de todos y de todo, te irás empobreciendo. Vivirás de manera triste y estéril.

Te quiero recordar otra cosa. Es difícil que la fe en Dios pueda brotar y crecer en un corazón desconfiado. Lo he podido comprobar muchas veces al hablar con personas que andan buscando a Dios. Bastantes piden pruebas y argumentos para creer, pero no se dan cuenta de que interiormente viven «cerrados» a Dios. Y cuando una persona no se abre a Dios, o no se atreve a confiar totalmente en él, Dios no puede entrar en su vida.

También he visto lo contrario. Personas sencillas que, después de muchos años de vivir alejadas de la fe, buscan a Dios no por el camino de las pruebas, los argumentos y los libros, sino por la vía del corazón, confiando abiertamente en él. Alguna, ya entrada en años, me decía en alguna ocasión: «Y después de todo lo que he vivido, ¿de quién me voy a fiar si no es de Dios? ¿Quién me puede ayudar a mí a vivir si no es Jesús?».

En la tradición cristiana, el apóstol Tomás es recordado como el prototipo del hombre desconfiado que no quiere creer en Cristo resucitado mientras no lo vea con sus propios ojos y no lo toque con sus propias manos. No se fía de nadie, quiere pruebas. No sé si recuerdas la escena que nos describe el evangelista Juan. Cuando Jesús se le presenta, le dice estas palabras: «Tomás, no seas incrédulo, sino creyente».

Probablemente estás lleno de dudas. Cada vez te parece más difícil creer en ciertas doctrinas. Te das cuenta de que hay cosas en la Iglesia que nunca podrás aceptar. Sientes dentro de ti desazón y malestar. Ya sabes que nunca podrás comprender a Dios con tu mente, pero ¿no hay alguna prueba o argumento definitivo?

Yo solo sé decirte las palabras de Jesús: «No seas incrédulo, sino creyente». Confía, no cierres ninguna puerta. Busca a Dios con confianza. No te desalientes. A

Dios se le busca «a tientas». A veces la fe más sincera brota de la duda más dolorosa.

Lo importante es que te acerques al misterio de Dios con el corazón abierto. No esperes a resolver en tu cabeza los interrogantes y las dudas que te hacen sufrir. Aun en medio de oscuridades, dudas e incertidumbres puede nacer en ti la fe, si sabes abrirte a Dios con honestidad y confianza. Tú mismo lo puedes observar. Es fácil que, después de discutir, hablar o pensar sobre «cosas de religión», te sientas tan frío o más que antes. Y es fácil que le sientas a Dios más cercano, si sabes decirle despacio desde el fondo de tu corazón: «Dios mío, no acierto a creer en ti. No sé buscarte, pero te necesito. No te olvides de mí».

*Señor, que no deje jamás de buscarte,  
que busque ardientemente tu rostro.*

*Dame fuerza para buscarte.*

*Tú, que me has hecho ya encontrarte  
y que me has dado la esperanza*

*de encontrarte siempre un poco más,*

*Señor, Dios mío, concédeme*

*que me acuerde siempre de ti,*

*que te conozca y te ame.*

*AGUSTIN, obispo de Hipona (354-430)*

## **4. ¿CÓMO DAR PASOS HACIA DIOS?**

### **POR DENTRO**

Te voy a hacer una pregunta muy directa. ¿Te atreves ya a quedarte alguna vez solo contigo mismo? ¿Desciendes de vez en cuando al fondo de tu corazón para darte cuenta de que dentro de ti hay un misterio último que te envuelve y que tú tratas siempre de olvidar?

Te puede ocurrir lo que a otros muchos. Vives desde fuera. Te alimentas casi exclusivamente de lo que te dicen. Lees la prensa, oyes la radio, ves la televisión, te conectas a Internet, te relacionas con la gente, pero casi nunca escuchas dentro de ti otra voz que no sea ese «ruido» que te entra desde el exterior.

Por otra parte, cada vez te vas metiendo en más cosas. Ya no tienes tiempo para nada. Tú no te das cuenta, pero probablemente vives guiado por consignas bastante peligrosas: «Date prisa», «no pienses mucho», «vive al día», «disfruta a tope», «no te tomes nada muy en serio», «huye de todo lo que te pueda complicar la vida».

Si sigues viviendo así te irá bien o te irá mal, pero llegará un momento en que no sabrás quién eres, qué buscas y hacia dónde caminas. Podrás vivir muchos años o pocos, pero tu vida se reducirá a ir pasando por esta tierra. Conocerás, tal vez, el bienestar y la satisfacción, pero no sabrás nunca lo que es saborear la vida desde su raíz.

En diferentes sectores orientales se considera que el mayor pecado del ser humano es permanecer insensible a la vida que se encierra en su interior. Es cierto. Cuando nos movemos como autómatas, programados desde fuera, nos estamos perdiendo un potencial insospechado de energía y de vida, pues vivimos sin conectar con el misterio de Dios, que nos habita por dentro.

Acostumbrado a vivirlo todo desde fuera, se te puede olvidar que, para creer en Dios, es indispensable que lo busques dentro de ti mismo. Si no lo encuentras dentro de ti, no lo encontrarás en ninguna parte.

Conozco personas que hacen toda clase de esfuerzos para reavivar su fe y aprender a creer en Dios de manera



más auténtica. Leen libros, se esfuerzan por resolver sus dudas, acuden a escuchar exposiciones y charlas sobre temas religiosos. Hacen de todo para encontrarse con Dios. Todo menos buscarlo en el fondo de su corazón.

Cuando hablo con ellos me doy cuenta de que desde fuera no se le puede enseñar a nadie a creer. Lo mismo que no se le puede enseñar a alegrarse, a amar o a llorar. Yo puedo hablarles de mi fe, puedo invitarles a que se abran a Dios confiadamente, puedo animarles a que no se desalienten, a que se sientan siempre comprendidos por él, pero me doy cuenta de que el encuentro con el misterio de Dios es una experiencia que cada uno ha de conocer en otra fuente que está en su interior.

Si quieres encontrarte con Dios, tienes que bajar al fondo de ti mismo y escuchar de verdad lo que sientes. No te engañes por más tiempo. Despréndete de esa falsa seguridad que aparentas ante los demás. Quédate a solas ante Dios y ante ti mismo. Esos minutos de sinceridad pueden transformar tu vida más que cualquier otra cosa.

Tal vez las primeras veces no sentirás nada especial. Solo escucharás tus miedos, preocupaciones y problemas. Tu mente se llenará de toda clase de pensamientos e imágenes. Pero, si aprendes a estar en silencio contigo mismo, empezarás a descubrir cosas nuevas. Sentirás que Dios está oculto y se te escapa, pero intuirás que está muy cerca de ti. No puedes oírle hablar, pero algo te está diciendo en silencio. No le puedes ver, pero sabes que te está mirando con amor.

Un creyente no es un ser extraño y anormal. Es sencillamente una persona que ha aprendido a «saborear la vida en la fuente», según la bella expresión del escritor francés M. A. Santaner. Por eso capta lo que otros no saben captar y goza de lo que otros no son capaces de gozar.

*No penséis que se puede aprender algo de un hombre.*

*Nosotros [los predicadores] podemos atraer vuestra atención con el ruido de nuestra voz, pero si no hay dentro de vosotros alguien que os enseñe, ese ruido será inútil.*

*AGUSTÍN, obispo de Hipona (354-430)*



## **UN MUNDO INEXPLORADO**

Dentro de ti hay un mundo inexplorado que en estos momentos tal vez no lo conoces. Es lo que les ocurre a muchas personas. Si vives solo desde fuera, atrapado siempre por las cosas y los acontecimientos, puedes andar por la vida sin saber qué hay en el fondo de ti mismo.

No te estoy hablando de tus sentimientos o tus estados de ánimo. No estoy pensando tampoco en las cuestiones que suelen abordar los psicólogos y psiquiatras. Te estoy hablando de un «país» más profundo y misterioso que, casi siempre, tratamos de olvidar.

Para empezar a entrar en él te tienes que hacer la pregunta más sencilla y elemental de todas: «¿Quién soy yo?». No te escapes pensando en tu carné de identidad. No estamos hablando de tu nombre, sexo, apellidos o domicilio. ¿Quién eres tú?

Antes de que hayas empezado a contestar algo, las preguntas pueden seguir brotando sin cesar: «¿De dónde vengo?», «¿por qué estoy en la vida?», «¿para qué he nacido?», «¿en qué terminará todo esto?», «¿quién me puede ayudar a aclararme?».

Son preguntas a las que ni el psicólogo ni el psiquiatra te pueden responder. Este tipo de interrogantes nos colocan a todos ante el misterio. De todo esto no sabemos nada. Ni los ignorantes ni los científicos, ni los creyentes ni los ateos. Lo único cierto es que todos caminamos por la vida envueltos en la oscuridad del misterio.

Me dirás que no tienes tiempo ni ánimo para pensar en estas cosas. Bastante tienes con enfrentarte a la vida de cada día. Acaso pensarás que son «cuestiones abstractas» que no conducen a nada. Hay que ser más realistas y prácticos. Hay que vivir «con los pies en el suelo».

Pero aquí viene nuestro problema: ¿en qué suelo vamos a apoyar tú y yo nuestros pies, si no sabemos siquiera de dónde venimos ni a dónde vamos?, ¿cómo nos podemos sentir miembros de una sociedad avanzada y progresista, si no sabemos responder a las preguntas más fundamentales?

Hay algo que no siempre confesamos, pero que sentimos casi todos. Nos da miedo entrar en ese mundo interior. No

nos atrevemos a hacernos las preguntas más básicas de la vida, porque fácilmente despiertan en nosotros sensaciones de inseguridad, soledad y pequeñez.

Para penetrar en el fondo de uno mismo hasta el final se necesita confianza. Si uno se encierra dentro de sí mismo, si no invoca a nadie, si no se abre a la posibilidad de Dios, si no confía en su bondad, es fácil que quede bloqueado y siga viviendo sin una orientación interior.

Pero, ¿qué puedes hacer tú si no sientes nada hacia Dios? ¿Cómo vas a abrirte a él si hace ya mucho tiempo que vives olvidado de todo lo que te pueda recordar el mundo de la religión? Te voy a sugerir tres experiencias muy humanas. Tal vez alguna te pueda ayudar.

Para algunas personas, el encuentro amoroso se está convirtiendo en punto de partida para despertar su fe. La amistad entrañable, el disfrute íntimo del amor, la confianza y el apoyo mutuo de la pareja liberan de la soledad y la inseguridad. ¿No estaremos hechos para el Amor? ¿No habremos nacido del Amor? ¿No será un Dios-Amor el secreto último de todo?

Para otros, el disfrute de la belleza les infunde paz, armonía y gozo interior. Una música bella, por ejemplo, les ilumina por dentro y crea en ellos un espacio interior que les hace confiar de manera más honda en la vida. ¿No hay en nosotros una sed última de Belleza, Armonía y Liberación? ¿No será esa la realidad de Dios?

A bastantes, el contacto con la naturaleza los transforma. Les hace bien el silencio de las cumbres, la inmensidad del mar, la belleza de un cielo estrellado. ¿No se refleja ahí la fuerza, la belleza y el misterio de la vida? ¿No se escucha una invitación callada a orientar el corazón hacia aquel que es el origen de todo ser?

*Ven a mí, Dios mío, ven a mí.  
Como un padre se inclina  
y toma en sus brazos a su pequeño hijo,  
así también tú, Padre de inmensa ternura,  
cógeme con tus dos manos  
y deposita en mi frente tu beso.*

*HENRI CAFFAREL, sacerdote francés  
(1903-1996)*

## **IR AL FONDO DE TI MISMO**

Te estoy diciendo repetidamente que, para creer en Dios, has de buscarlo dentro de ti. Si no lo encuentras en tu corazón, no lo encontrarás en ninguna parte. Pero, ¿cómo se hace esto? Tú quieres comunicarte con Dios, pero no sabes cómo escucharle y tampoco cómo hablarle.

Vas de vez en cuando a la iglesia y escuchas cómo leen la Biblia. Todos dicen que es la Palabra de Dios. Pero, de ordinario, tú no escuchas a Dios. Durante la misa, tus labios se mueven para recitar oraciones o entonar cantos, pero casi siempre lo haces de manera distraída. Muchas veces sales de la iglesia sin haber hablado con nadie en el fondo de tu corazón.

En una semana de espiritualidad que se celebró hace bastantes años en Madrid pude escuchar a Tony de Mello un delicioso relato. Fue un poco antes de su inesperada muerte. Nunca olvidaré sus palabras ni su amplia sonrisa: «Un pez joven e inexperto acudió a otro más viejo y con más experiencia y le preguntó: "Dígame, ¿dónde puedo encontrar eso que llaman 'Mar'? He andado buscándolo por todas partes sin resultado". El viejo pez le respondió: "El 'Mar' es precisamente donde estás tú ahora mismo". El joven pez se marchó decepcionado: "¿Esto? Pero si no es más que agua... Lo que yo busco es el 'Mar' ».

Para encontrar a Dios no tienes que recorrer largos caminos. Basta con que te detengas, que cierres los ojos, que entres en tu corazón y que escuches la vida que hay en ti. Ahí, donde estás tú ahora mismo, está Dios rodeándote y penetrándote de vida.

Tú no haces absolutamente nada y, sin embargo, tu corazón palpita, la sangre corre por tus arterias, tus pulmones respiran. Una fuerza misteriosa recorre todo tu ser. Tú no haces nada para vivir. Segundo a segundo vas recibiendo la vida como un regalo maravilloso. ¿Cómo puedes decir que vives solo? ¿Quién te está haciendo vivir?

Solemos decir: «Estoy respirando». En realidad no es así. Tú no estás respirando. La respiración está sucediendo dentro de ti, sin que tú sepas cómo ocurre. Cuando un recién nacido respira por primera vez, ni siquiera sabe que existe el mecanismo de la respiración, sus pulmones no han

funcionado hasta ese momento. Sin embargo la respiración llega y el milagro comienza.

Desgraciadamente nos puede pasar a todos. Vivimos de manera absolutamente superficial. Solo «vemos agua» y no descubrimos la inmensidad de Dios, que nos envuelve, nos sostiene y nos mantiene llenos de vida. Vivimos sin escuchar dentro de nosotros el misterio de la vida. Si un día te detienes a escucharlo, aunque sea de manera todavía débil y torpe, intuirás que no estás solo. Te sentirás lleno de Dios. Tal vez te saltarán las lágrimas al «sentir» que Dios -tu Padre y Madre- te está creando de la nada permanentemente.

Me dirás que no es fácil pararse. Vives muy agitado. No tienes costumbre de entrar dentro de tu corazón. No importa. Quédate en silencio y cierra los ojos. No necesitas decir nada. Solo estar y escuchar con paz. Pienso que es verdad lo que decía el filósofo y matemático británico A. Whitehead: «Religión es lo que hace uno en su soledad».

Si te quedas a solas contigo mismo podrás escuchar tus miedos y tus deseos más hondos. Aflorarán las preguntas que hay dentro de ti: ¿será grave lo que tengo?, ¿por qué me siento tan mal con mi esposo o mi esposa?, ¿qué va a ser de nuestro hijo?, ¿podré conseguir ese trabajo?

Si continúas en silencio con paz empezarás a escuchar otras preguntas más hondas: ¿qué estoy haciendo con mi vida?, ¿qué busco en definitiva?, ¿qué he de hacer para vivir de manera más plena?, ¿por qué he ido perdiendo contacto con Dios?, ¿por qué no le dejo entrar en mi vida? No olvides que el silencio es el lenguaje de Dios. Entre tus preguntas, miedos y deseos, y la presencia amorosa de Dios solo hay una tenue tela que, en cualquier momento, puede caer. ¡Dios está dentro de ti!

*Enséñame, Padre, a no confiar en mí mismo,  
sino a esperarlo todo de tu bondad incansable.  
Que la tristeza de vivir, tantas veces en desacuerdo  
con tu voluntad,  
no me hunda.  
Que, más bien, tu misericordia envuelva toda mi vida  
y la haga fecunda.*

MARTÍN LUTERO reformador protestante (1483-1546)

## **¿QUÉ HACER CUANDO TE SIENTES CULPABLE?**

Tal vez «pasas» de Dios y vives en una actitud de total indiferencia ante él. No le necesitas para nada. Dios ha quedado arrinconado como una mala experiencia del pasado. Pero puede ocurrir que todavía siga vivo en el fondo de tu conciencia.

Les sucede a bastantes personas. Se han alejado de Dios, pero no viven en paz con él. Son personas que en realidad siguen sin olvidar a Dios, pero no se atreven a acercarse a él porque no se sienten bien ante él. Se ven egoístas, falsas, sensuales... ¿Cómo se van a poner en su presencia?

También a ti te puede pasar. Piensas que el pecado es algo que te hace aborrecible ante Dios. Crees que Dios es como nosotros. Alguien de corazón pequeño que ama exclusivamente a quienes lo aman y rechaza automáticamente a quienes viven de espaldas a él. Te cuesta creer en un Dios grande que nos ama a todos sin fin y quiere nuestro bien, no porque lo merezcamos, sino porque lo necesitamos.

Probablemente necesitas aclarar un grave malentendido. Sigues pensando que Dios es una especie de «tirano» que quiere imponer sobre nosotros su voluntad caprichosa; un «dictador» que nos complica la vida con toda clase de «prohibiciones» que nos impiden ser todo lo felices que nuestro corazón anhela.

Hay algo que no debes olvidar. Las cosas no son malas porque Dios ha querido arbitrariamente que sean pecado. Es exactamente al revés. Precisamente porque son malas y destruyen nuestra felicidad son pecado, que Dios quiere que desaparezca de tu vida y del mundo entero.

No pienses que Dios va dictando mandamientos y prohibiciones buscando su propio interés. No es él quien «inventa» la moral porque le conviene. El único interés de Dios es evitar lo que hace mal al ser humano y termina dañando a la humanidad. El pecado nos hace mal a nosotros, no a Dios. Lo explicaba muy bien un teólogo medieval llamado Tomás de Aquino: «Nosotros ofendemos a Dios solo porque obramos contra nuestro propio bien».

También tienes que evitar otro malentendido. Tal vez crees que la experiencia de la «culpa» es algo introducido por la religión. Bastantes personas piensan que, si Dios no existiera, el sentimiento de culpa desaparecería. No es así. La culpa es una experiencia universal; creyentes y ateos vivimos lo mismo: nos sentimos llamados a hacer el bien, pero una y otra vez hacemos el mal.

Lo que diferencia al creyente del ateo es que vive la experiencia de la culpa ante Dios. Pero, ¿ante qué Dios? Si tú te sientes culpable ante un Dios resentido e implacable, esa fe falsa te culpabilizará y te destruirá. Si, por el contrario, experimentas a Dios como alguien que te mira con amor, siempre dispuesto a comprenderte, perdonarte y ayudarte a vivir de manera más digna, es difícil pensar en algo más liberador y sanador.

Cuando te sientas mal contigo mismo y tu conciencia te acuse de algo grave, no busques ocultar tu pecado o justificar tu vida, para poder presentarte ante Dios con cierta dignidad. Ante Dios no necesitas disimular ni ocultar nada. Él **te** comprende y te quiere. Solo te sentirás bien si reconoces sinceramente tu culpa, lloras tu error y acoges con fe su perdón.

Por muy grave que sea tu pecado y por muy horrendo que te parezca, no ha de ser nunca un obstáculo para acercarte humildemente a Dios. Te voy a decir algo que te puede parecer increíble, pero es verdad. Pocas veces estás tan cerca de Dios como cuando te reconoces pecador y acoges agradecido su perdón y su fuerza renovadora.

*Señor, mi corazón rebosa de agradecimiento...  
no te conozco bien,  
no conozco siquiera mis necesidades...  
Tú, Padre, me conoces por entero.  
Soy incapaz de amarme a mí mismo  
como tú me amas...  
Que tu Espíritu Santo me modele.  
Me presento ante ti.  
Acéptame cuando y como quieras.*

SUNDAR SINGH cristiano indio (1889-1929)

## **CREER DESDE LA DUDA**

Probablemente, más de una vez surgen dudas dentro de ti. Bastantes personas hablan hoy de sus «dudas de fe»: ¿habrá infierno?, ¿cómo puede estar Cristo en la eucaristía?, ¿quién puede saber si Jesús ha resucitado? Por lo general, este tipo de dudas son, en realidad, «dificultades» que sientes para «entender» de manera razonable ciertos aspectos de la fe cristiana. Estas dudas no suelen tener, de ordinario, mucha repercusión en los creyentes. Como decía el cardenal H. Newman, «diez dificultades no hacen una duda».

Pero tú puedes estar sintiendo en estos momentos una duda más profunda y global. No te preocupan las dudas sobre un punto u otro. Lo que tú experimentas es una duda más radical: «¿Por qué tengo que creer?», «¿por qué tengo que orientar mi vida siguiendo a alguien que vivió hace dos mil años?», «¿por qué tengo que aceptar lo que pone en los evangelios?», «¿por qué mis ganas de vivir a gusto las tengo que ajustar a una moral que me parece desfasada?».

No lo dices a nadie, pero experimentas dentro de ti una especie de división: «No puedo ni debo abandonar mi religión. No actuaría bien. Pero, si he de decir la verdad, cada vez me encuentro más lejano y extraño a todo eso».

Entonces es fácil sentirte culpable de algo, aunque no sepas exactamente de qué: «¿Qué me ha pasado?, ¿qué he hecho yo para llegar a esta situación?». No es el momento de culpabilizarte. Estos años han pasado muchas cosas de las que tú no eres responsable. Ahora lo que tienes que hacer es vivir de manera positiva esas dudas que llevas dentro.

Esta puede ser una buena ocasión para reaccionar. Ahora puedes empezar a liberarte de una religión excesivamente infantil que se te ha quedado pequeña. Es el momento de ponerte sinceramente ante Dios. Él te comprende. Tienes que rezar, buscar, conocer mejor a Jesús.

Es posible que por primera vez te des cuenta de que eres libre para creer o para dejarlo todo. Seguramente es más cómodo no plantearte nunca estas cosas y vivir tranquilo, como hacen casi todos. Pero es más digno enfrentarte a ti mismo y decidir qué quieres hacer con tu vida.



Tarde o temprano te tendrás que aclarar. O bien pones a Jesús en el nivel de otros personajes de la historia, te olvidas de él y te organizas a tu aire, o te decides a conocerlo mejor y a experimentar personalmente qué luz y qué fuerza puedes encontrar en él para vivir de manera digna, responsable y esperanzada.

Lo importante es la sinceridad de tu corazón. Probablemente no tenías más fe hace unos años solo porque vivías tranquilo y sin hacerte preguntas, ni tienes ahora menos fe porque estás lleno de dudas. La verdadera fe no está ni en la seguridad ni en los cuestionamientos, sino en la sinceridad con que confíes y busques a Dios.

Te voy a decir algo que a veces se olvida, pero que es importante. Para creer no tienes que esperar a resolver todas tus dudas y responder a todas tus preguntas. Si te esfuerzas por actuar de manera honesta con Dios, no estás lejos de él. Mira, la calidad de tu fe no depende de la claridad de ideas que tengas en tu cabeza, sino de la sinceridad con que vivas tu relación con Dios.

B. Pascal fue un gran pensador francés del siglo xvii que analizó como pocos el proceso de la fe. Sabía mucho de dudas e incertidumbres. Decía que en todo esto de la fe lo importante es que el individuo permanezca abierto a Dios: «Esto le hará sencillo y le llevará a Dios». Piénsalo un poco.

*¿No oíste sus pasos silenciosos?  
Él viene, viene, viene siempre,  
en cada instante y en cada edad,  
todos los días y todas las noches.  
Él viene, viene, viene siempre,  
en los días fragantes del soleado abril,  
en la oscura angustia lluviosa de las noches de julio.  
Él viene, viene, viene siempre.*

RABINDRANAT TAGORE, escritor indio (1861-1941)

## **5. ¿SE PUEDE APRENDER A REZAR?**

### **TÚ PUEDES REZAR, ¿POR QUÉ NO?**

Tal vez llevas muchos años sin rezar. No te sale. De niño te enseñaron a recitar el padrenuestro, el avemaría y hasta el rosario. Probablemente has repetido durante algunos años esas oraciones, pero luego lo has ido dejando. La verdad es que no te decían gran cosa. Ahora tienes la impresión de que no sabes hablar con Dios. ¿Qué puedes hacer? Si te parece, vamos a comenzar aclarando algunas cosas.

«¿Rezar?, ¿para qué?». Seguro que lo has pensado más de una vez: ¿para qué sirve rezar?, ¿no es perder el tiempo? Solo merece la pena aquello que nos va a ser útil para algo. Mucha gente piensa así: ¿para qué le quiero yo a Dios?, ¿es que me va a resolver los problemas?, ¿me va a dar de comer?, ¿me va a asegurar el trabajo?, ¿para qué me voy a dirigir a alguien que no me sirve para nada?

No les falta razón. Dios no está ahí para resolvernos los problemas como por arte de magia. Pero la vida es mucho más que todo eso. Dime la verdad: ¿no has necesitado tú nunca fuerza y ánimo para enfrentarte a los problemas?, ¿no has tenido nunca necesidad de sentirte comprendido y perdonado?, ¿no necesitas a veces más paz interior?, ¿nunca has sentido necesidad de dar gracias por la vida? A lo mejor la oración «sirve» para todo esto, pero tú no lo has descubierto todavía.

“¿Rezar? No tengo tiempo”. No lo dicen sólo algunas personas. Son muchos los que hablan así. No tienes tiempo para orar. Vives ocupado en muchas cosas. ¿Cuándo vas a encontrar un momento de calma para estar tranquilamente con Dios? Entiendo muy bien lo que sientes. A mí me pasa algo parecido. Pero no es verdad. Siempre tenemos tiempo para lo que realmente nos interesa. ¿No te parece que, cuando decimos que no tenemos tiempo para orar, estamos diciendo que en el fondo Dios no nos interesa mucho?

Tú sabrás cómo quieres vivir, pero si nunca tienes tiempo para estar a solas con Dios, nunca te encontrarás profundamente contigo mismo. No vivirás desde dentro. No

cambiarás. ¿Dónde se alimentará tu fe? ¿Dónde se sostendrá tu vida?

“Rezar? ¿Cómo se hace eso?”. A muchas personas les he oído decir que no saben rezar, que nadie les ha enseñado. Tal vez también tú sientes algo de eso. No sabes cómo comunicarte con Dios. Te sientes bloqueado por dentro. Eres capaz de hablar con todo el mundo, pero, si te quedas a solas con Dios, no sabes qué hacer.

¿Por qué te sucede esto? Sin duda necesitas alguna orientación para aprender a “estar con Dios”. Pero, si me dejas, te voy a hacer una pregunta sencilla, aunque decisiva: ¿no será que tienes miedo a verte tal como eres?, ¿no será que tienes miedo a ver con claridad los cambios que deberías introducir en tu vida? Te lo digo porque a mí me pasa algo de eso, y he leído hace unos días que Teresa de Jesús experimenta lo mismo: “Me espanto de ver en la oración tantas verdades y tan claras”.

“¿Es fácil rezar?”. Rezar es tan sencillo que puede hacerlo cualquier niño pequeño. Pero puede ser tan difícil que hay muchísimas personas incapaces de elevar su corazón a Dios para comunicarse con él. Cada día lo veo con más claridad: para hablar con Dios hay que despertar al “niño que llevamos dentro”.

Es conmovedor leer el *Diario* de Miguel de Unamuno y descubrir sus luchas por recuperar la fe. Con toda honestidad explica lo que le ha pasado: “Maté mi fe por querer racionalizarla... Con la razón buscaba un Dios racional, que iba desvaneciéndose por ser pura idea... y no sentía al Dios vivo, que habita en nosotros... Al rezar reconocía con el corazón a mi Dios, que mi razón negaba”. Más adelante dice que recuperó la fe porque “me refugié en la niñez de mi alma”. ¿No te parece que para reavivar la fe es importante aprender a rezar?

*Agranda la puerta, Padre,  
Porque no puedo pasar.  
La hiciste para los niños,  
Y yo he crecido a mi pesar.  
Si no me agrandas la puerta,  
Achícame, por piedad,  
Vuélveme a la edad bendita*

*En que vivir es soñar.*

*MIGUEL DE UNAMUNO escritor y filósofo  
(1864-1936)*

## **¿PARA QUÉ SIRVE REZAR?**

Has llenado tu vida de cosas, actividades y preocupaciones. Y así, poco a poco, casi sin darte cuenta, te has ido vaciando por dentro: Dios ha ido desapareciendo de tu vida. Te mueves constantemente, tratas con muchas personas. Con todas menos con Dios. Corres el riesgo de irte haciendo «ateo»: un hombre o una mujer que vive sin Dios.

Seguramente no te preocupa mucho. Vives bastante bien sin Dios. No sientes necesidad de él. Si yo te empiezo a hablar ahora de oración, me dirás: ¿para qué sirve rezar? Tienes otras cosas más importantes que hacer. Cosas más útiles y urgentes.

Vives ya totalmente modelado por esta sociedad que solo piensa en lo útil y rentable. Para ti, lo importante es trabajar, ganar y disfrutar de la vida. Que te salgan bien las cosas. En eso se te van pasando los años: en programar tu vida, organizarte bien y sacar adelante tus planes. «Rezar» te parece sencillamente «perder el tiempo». La oración, la meditación, Dios... todo eso pertenece al mundo de lo «inútil». Tienes razón. Hablar con Dios, desahogarse ante él, escuchar su llamada es algo «inútil» y no te va a servir para lograr tantas cosas por las que te esfuerzas día tras día.

Pero hay muchas cosas que te pueden parecer inútiles y no lo son. ¿Para qué sirve conversar con los amigos, enamorarte de una persona o disfrutar del cariño y la sonrisa de tus hijos? ¿Para qué sirve desahogarte con una persona de confianza, descansar con tu esposo o tu esposa en la intimidad, disfrutar de una fiesta o gozar de la paz del atardecer?

¿Cómo podríamos medir la «eficacia» de todas esas experiencias que, aparentemente, no sirven para gran cosa, y que son precisamente las que alientan tu vida y te hacen vivir de manera más digna, más humana y más dichosa? Así te puede pasar con la oración. Te parece algo

inútil, pero quiero decirte para qué necesitas orar y hablar con Dios.

Necesitas orar para encontrar más silencio, serenidad y descanso en tu vida; para que puedas vivir las cosas desde dentro, sin empobrecerte, dispersarte y gastarte tanto en tu quehacer diario.

Necesitas orar para hacerte más humano; para vivir en actitud más lúcida y vigilante en medio de una sociedad a veces tan superficial y poco humana; para limpiar tus criterios, tus esquemas y tu mente de todo aquello que te puede deshumanizar.

Necesitas orar para encontrarte valientemente con tu propia verdad y ser capaz de criticarte a ti mismo con sinceridad; para abrir mejor los oídos de tu corazón y escuchar honestamente a Dios; para estar más atento a quienes pueden necesitar tu cercanía, tu ayuda o amistad.

Necesitas orar para no desalentarte ante los problemas y conflictos de la vida; para renovar día a día tu aliento, para reavivar tu esperanza, para fortalecer tu debilidad y aliviar tu descanso.

Necesitas orar para no vivir tan solo por dentro; para caminar por la vida acompañado por un Padre; para iniciar el día cada mañana de manera más confiada, agradecida y creadora.

Necesitas orar para enfrentarte a tu culpabilidad, para liberarte de tus errores, para sentirte comprendido y perdonado, para levantarte de nuevo a una vida más digna y responsable.

Vivir sin orar no es pecado. Es una pena, porque es verse condenado a vivir sin la mejor compañía que puede tener una persona. Es vivir sin conocer la paz, la seguridad y la confianza que solo pueden brotar de Dios.

*Ven, Señor Jesús, busca a esta oveja agotada...*

*Deja las noventa y nueve*

*y busca a esta que anda perdida...*

*Búscame, encuéntrame, acógeme, llévame.*

*Tú puedes encontrar al que buscas...*

*Ven, Señor, a buscar a tu oveja.*

*No envíes siervos ni mercenarios,*

*ven tú mismo.*

AMBROSIO, obispo de Milán (340-397)

## **APRENDER A ORAR**

Ni tú mismo sabes lo que te ha pasado, pero hace tiempo que no rezas. Poco a poco te has ido alejando calladamente de Dios y ahora no sabes qué hacer. A veces te parece que ya no lo necesitas. Otras veces, en momentos de apuro o dificultad, sientes dentro de ti un deseo. Pero, ¿cómo te vas a poner ahora a rezar después de tantos años?

Si quieres, hoy vamos a hablar de esto. ¿Qué puedes hacer tú en estos momentos para aprender a rezar? Nunca has sido muy rezador. No tienes a nadie que te enseñe a dar algunos pasos. ¿Por dónde puedes empezar?

Lo primero es despertar en ti una actitud de confianza grande en Dios. Piensa esto: «Yo no sé rezar. Tampoco sé si me interesa mucho. Pero Dios me quiere. Eso seguro. Y además me entiende y me acoge como ni yo mismo soy capaz de quererme, entenderme y acogerme».

Preséntate ante Dios tal como eres y tal como estás. No necesitas defenderte o justificarte. No trates de engañarle. Él te conoce y te acepta. Puedes sentirte ante él con paz.

Ante Dios tienes que estar con tu cuerpo relajado, con un corazón atento y una respiración en calma. Ante Dios tienes que estar tú, con lo que sientes y vives en ese momento. Con tus deseos y necesidades. Con tus miedos, alegrías y sufrimientos.

A lo mejor piensas que lo más importante es hablarle a Dios. Sin embargo, lo más decisivo casi siempre es escuchar. Callarte y escuchar lo que brota de ti. Hacer silencio para captar la presencia misteriosa de Dios.

En la oración tienes que hablar a Dios de lo que estás viviendo. A veces le podrás dar gracias porque te sientes bien, has recibido una buena noticia, tienes motivos para estar alegre. Te acuerdas de Dios y das gracias porque él siempre te quiere ver dichoso.

Otras veces le puedes pedir perdón porque no has actuado bien, no has sido honesto, has tratado mal a alguien. No te sientes bien contigo mismo y necesitas sentirte perdonado, poder vivir de nuevo con paz ante ti mismo y ante Dios.

Otras veces, tal vez, lo que necesitas es invocar a Dios porque te sientes triste y desanimado, necesitas luz y paz. Te hará bien sentir cerca a Dios. Él quiere para ti lo mejor.

No necesitas acudir a libros o pronunciar frases hechas. Es mejor que le hables a Dios a tu estilo, con palabras tuyas, como te sale de dentro. Tú sabes mejor que nadie cómo lo puedes hacer. No necesitas hablar mucho. Bastan pocas palabras, pero muy sentidas.

Por si no se te ocurre nada, te propongo algunas frases cortas. Puedes decirlas despacio y desde dentro: «Dios mío, te necesito»; «Tú conoces como soy. Perdóname»; «Tú solo eres grande y bueno. Ayúdame a creer más en ti»; «Ten compasión de mí, que no soy capaz de cambiar»; «Tu fuerza me sostiene siempre. Gracias»; «Guíame por el camino recto»; «Despierta en mí la alegría»; «Enséñame tú mismo a orar».

También puedes repetir esas oraciones sencillas que la gente le decía a Jesús: «Señor, que vea»; «Jesús, si tú quieres puedes limpiarme»; «Señor, ten compasión de mí, que soy un pecador»; «Creo, pero aumenta mi fe».

Tal vez estás pensando: «Todo esto, ¿para que sirve?, ¿no es hablar al vacío?, ¿no es engañarnos ingenuamente a nosotros mismos?». Haz la prueba. Es fácil que experimentes una paz nueva que te puede ayudar a situar las cosas en su verdadera dimensión y a dar a tu vida su verdadero sentido.

Si todo esto no te dice nada, puedes rezar como lo hacía Charles de Foucauld cuando era agnóstico: «Dios mío, si existes, enséñame a conocerte».

*Enséñame, Señor, cómo llegar hasta ti.  
Yo no puedo hacer otra cosa que desearlo...  
Cómo llegar hasta ti, no lo sé.  
Inspírame tú, enséñame,  
dime qué necesito para este camino.*

AGUSTÍN, obispo de Hipona (354-430)

## **APRENDER EL PADRENUESTRO**

Desde la infancia te enseñaron a rezar el padrenuestro. Seguramente has repetido esa oración muchas veces antes



de comenzar a comer; la has cantado en misa; la has recitado como penitencia después de la confesión. Hoy, tal vez, la tienes muy olvidada.

Siempre te han dicho que es la oración más importante para los cristianos. Una oración que la enseñó el mismo Jesús. Para decir la verdad, nunca la has entendido muy bien. La has repetido una y otra vez sin saber lo que decías. ¿Podrás ahora «aprender» a rezar el padrenuestro?, ¿podrás pronunciar esas palabras desde dentro, sintiendo algo de lo que pudo sentir Jesús?, ¿podrás, por fin, descubrir su contenido?

«Padre nuestro que estás en el cielo». Tú eres el Padre de todos. No estás ligado a un lugar sagrado. No vives encerrado en los templos, mezquitas o sinagogas. Desde el «cielo» cuidas de todos tus hijos e hijas. No eres propiedad de ninguna religión. No eres solo de los piadosos. Tú haces salir tu sol sobre buenos y malos. Por eso también yo te invoco como Padre.

«Santificado sea tu nombre». Haz que tu nombre de «Padre» sea conocido y venerado. Que todos reconozcan la bondad y la fuerza salvadora que encierra ese nombre santo. Que nadie lo desprecie. Que nadie lo profane maltratando a tus hijos e hijas. Manifiesta ya tu poder salvador. Que sean desterrados los nombres de los dioses e ídolos que matan a tus pobres. Que todos bendigan tu nombre de Padre bueno. Que nadie haga daño en tu nombre.

«Venga a nosotros tu reino». Que no reine en el mundo la violencia y el odio destructor. Que reine tu justicia, tu compasión y tu perdón. Que no reine el primer mundo sobre el tercero, ni los europeos sobre los africanos. Que los poderosos no abusen de los débiles ni los ricos de los pobres. Que los varones no dominen ni maltraten a las mujeres. Que se adueñe del mundo el amor y la solidaridad. Que sepamos abrir caminos a tu paz.

«Que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo». Que no encuentre tanto obstáculo y resistencia en nosotros. Que se haga tu voluntad y no la nuestra. Que se cumplan tus deseos, pues tú solo quieres nuestro bien. Que en el mundo entero se haga tu voluntad y no lo que desean los

poderosos de la tierra. Que veamos hecho realidad entre nosotros lo que tienes decidido en tu corazón de Padre.

«Danos hoy el pan de cada día». Danos a todos el alimento que necesitamos para vivir. Que a nadie le falte pan. No te pedimos dinero ni bienestar abundante. No queremos riquezas para acumular. Solo pan para todos. Que los hambrientos de la Tierra puedan comer; que tus pobres dejen de llorar y empiecen a reír; que los podamos ver viviendo con dignidad. Que ese pan que un día podremos comer todos juntos, sentados a tu mesa, lo podamos gustar desde ahora.

«Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». Estamos en deuda contigo. No sabemos responder a tu amor de Padre. No entramos en tu reino. Necesitamos tu perdón y tu misericordia. Nuestra oración es sincera. Al pedirte perdón estamos perdonando a quienes están en deuda con nosotros. No deseamos alimentar en nuestro corazón resentimientos ni deseos de venganza contra nadie. Que tu perdón nos transforme y nos haga vivir perdonándonos mutuamente.

«No nos dejes caer en la tentación». Somos seres débiles, expuestos a toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar nuestra vida, alejándonos para siempre de tu reino. El misterio del mal nos amenaza. No nos dejes caer en la tentación de rechazarte. No nos dejes caer derrotados en la prueba final. Que en medio de la tentación podamos contar con tu ayuda poderosa.

«Líbranos del mal». Escucha nuestro grito de socorro. Líbranos del mal. Hemos nacido para vivir. Queremos conocer una vida diferente, plena, liberada. ¡Padre, arráncanos del mal! Amén.

*Dios,  
el nombre con el que te invocamos  
está como muerto,  
vacío y caduco,  
como cualquier palabra humana.  
Te pedimos que vuelva a tener fuerza  
como un nombre lleno de promesas,  
como una palabra viva.*

HUUB OOSTERHUIS, poeta y escritor

## **ORACIÓN DE UN ALEJADO**

Dios, no sé si me estás escuchando. Hace mucho tiempo que no te siento, y me he acostumbrado a vivir sin pensar en ti. No sé qué pensarían los que me conocen si me vieran así, tratando de hablar contigo a solas, con sinceridad, desde el fondo de mi ser.

Dios mío, tú sabes que ya no acierto a rezar. Se me han olvidado aquellas oraciones que me enseñaron cuando era niño. Me gustaba rezarle a la Virgen. Me daba seguridad y me sentía bien. Ahora todos esos rezos no me dicen nada. La pena es que no he aprendido a hablar contigo de otra manera, con palabras mías, que me salgan a mí de dentro. No sé rezar y no sé quién me puede enseñar.

La verdad es que ya no sé muy bien si creo en ti. ¡Han pasado tantas cosas en estos años! He cambiado mucho por dentro. Me he hecho más crítico y más escéptico, pero también más frágil e inseguro. Ya no sé en qué creer. Me he quedado como «vacío» por dentro. Quisiera sentirte más vivo dentro de mí. Me ayudaría a creer en ti.

Lo que oigo hablar de la religión se me hace demasiado complicado. Necesito creer en ti de manera más sencilla. ¡Te necesito a ti! A veces me encuentro mal dentro de mí. Van pasando los años y empiezo a sentir el desgaste de la vida. No tengo grandes problemas, pero no me siento bien. No sé exactamente lo que necesito ni sé a quién acudir.

Cuánto desearía poder renovar mi vida desde dentro: encontrar en mí una alegría nueva, una fuerza diferente para enfrentarme a la vida de cada día. Me gustaría cambiar, ser mejor conmigo mismo y con todos. Me gustaría, sobre todo, creer en ti de otra manera, sentirme a gusto contigo. Pero me conozco. Soy inconstante. Ni yo mismo creo mucho en mi transformación.

Por otra parte, tú sabes cómo me dejo arrastrar por las Ocupaciones y problemas de cada día. Tal vez por eso no me encuentro casi nunca contigo. Tú estás dentro de mí, pero yo ando casi siempre fuera de mí mismo. Tú estás conmigo y yo ando perdido en mil cosas, olvidado totalmente de ti. ¿Nunca podremos vivir tú y yo de otra manera?

Si al menos te sintiera como mi mejor amigo. A veces pienso que eso lo cambiaría todo. Pero he oído tantas cosas de ti. En el fondo estoy seguro de que eres más humano, más comprensivo, más bueno que todo lo que me han dicho. Qué alegría si no te tuviera esa especie de «miedo» que no sé de dónde me brota, pero que tanto me distancia de ti.

Dios mío, graba bien en mi corazón que tú solo sientes amor y ternura hacia mí. Que no se me olvide nunca que tú me aceptas tal como soy, que entiendes mi mediocridad, que perdonas mi pecado y que me quieres incluso aunque no cambie. Qué suerte que seas así.

A veces pienso que mi gran pecado es no terminar diciéndote que creo en ti y en tu amor. ¿Por qué no confío más en tu bondad y tu fuerza salvadora? ¿En dónde podría yo refugiarme con mis debilidades y cobardías sino en ti, Dios de los débiles y pequeños? ¿Quién me podría entender mejor que tú?

En estos momentos no me sale pedirte cosas. Solo que despiertes mi fe lo suficiente para creer que tú me acompañas en cada momento. Tú no te cansas de mí, no me olvidas. Tú me puedes dar fuerzas para no quedarme para siempre en la mediocridad.

Dios mío, ya hemos vivido mucho tiempo lejos el uno del otro. No quiero seguir alejándome más, pero no tengo fuerzas para volver a ti. Tú sabrás buscar caminos para encontrarme. No me busques entre los creyentes piadosos ni entre los practicantes. Búscame entre los que han perdido el camino y no saben cómo volver a ti.

*Ningún ser humano se aleja tanto de ti  
que no pueda encontrarte de nuevo...*

*Cuando alguien viene a ti,  
no importa la edad, el día  
ni su condición humana.*

*Si viene a ti con alma sincera  
descubre tu Amor...*

*como una fuente de frescor inalterable.*

KIERKEGAARD, filósofo y teólogo danés (1813-1855)

## **6. JESÚS, EL MEJOR CAMINO**

### **LA BUENA NOTICIA DE DIOS**

¿Qué pensarías si te dijera que ser cristiano es descubrir que Dios es una Buena Noticia, lo mejor que te puedes encontrar en la vida? Seguramente no me creerías. Al menos tú nunca lo has sentido así. Hay algunas personas que dicen cosas muy hermosas de Dios, pero vete a saber quién vive así a Dios de verdad.

Para ti las cosas han sucedido de otra manera. Tú no te has hecho cristiano porque has descubierto que Dios era algo bueno para vivir. A ti te bautizaron cuando todavía eras niño, te han dicho que eres cristiano y ahí sigues sin saber exactamente por qué crees y sin que hayas experimentado nunca que Dios es algo especialmente gozoso.

Tu fe no te llena de alegría. Al contrario, muchas veces sientes la religión como un peso. Por eso la vas dejando poco a poco, más que por razones convincentes, por comodidad, cansancio y aburrimiento. Lo que sucede es que dejar de esa manera tu fe no te va aportar más luz, más verdad ni más alegría.

Tal vez no has abandonado a Dios, pero vas reduciendo tu religión al mínimo. Todo lo que está relacionado con la fe, la Iglesia o los curas lo vives con desconfianza y recelo. Para ti Dios es cualquier cosa menos una Buena Noticia capaz de poner alegría en tu vida.

Por otra parte, tampoco tienes mucho tiempo para pensar en estas cosas. Hace tiempo que vives olvidado de tu alma. Se te ha olvidado ya cómo se entra en el propio corazón. Has apostado por vivir solo en lo «exterior», y Dios se te está quedando como «algo» cada vez más lejano. ¿Cómo va a ser para ti una fuente de vida?

Por eso no es extraño lo que te está sucediendo. «Pasas» de Dios, lo ignoras, casi no sabes ni de qué se trata. Has conseguido vivir sin tener necesidad de él. Quizá existe y para muchos es una suerte encontrar en él fuerza para vivir, pero lo cierto es que a ti no te sirve hoy para nada.

Te voy a hablar con toda claridad. No necesitas que te expliquen de manera más razonable los dogmas de la Iglesia; te haría bien, pero no te serviría de mucho. Lo importante no es que discutas sobre religión para tratar de aclarar dudas; no adelantarías gran cosa. Para tomar en serio tu fe necesitas experimentar que creer en Dios te hace bien.

Es normal. Hoy es difícil creer en cualquier cosa. ¿En qué vas a creer? Todos estamos ya escarmentados de promesas, ideologías y doctrinas que no sirven. Hoy solo es posible creer en alguien si experimentas que te ayuda a vivir. Tú empezarás a creer en Dios de verdad cuando puedas experimentar que te hace vivir con más paz y más confianza; cuando puedas sentir que te da fuerzas para enfrentarte a tus problemas sin hundirte; cuando puedas comprobar su perdón y su comprensión inagotable.

Me dirás que todo esto suena bien, pero ¿dónde puedes tú encontrarte con ese Dios? ¿Cómo puedes experimentar que es bueno para ti? Yo solo conozco un camino: Jesús de Nazaret. Hace unos años, un teólogo alemán, Karl Lehmann, hombre de gran experiencia y buen conocedor de la sociedad actual, decía esto: «El hombre moderno solo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesucristo».

La investigación moderna sobre Jesús ha llegado a una conclusión bastante generalizada: Jesús de Nazaret ha sido un hombre que ha vivido y ha comunicado una experiencia sana de Dios, sin desfigurarla con los miedos, ambiciones y fantasmas que, de ordinario, las diversas religiones proyectan sobre la divinidad. Él es el que mejor puede ayudarnos a descubrir el verdadero rostro de Dios.

*Dios es semejante a un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo.*

EVANGELIO DE SAN MATEO 13,44

## **LEER EL EVANGELIO DE JESÚS**

Algunos de los que andáis buscando a Dios me soléis decir que leéis la Biblia, al menos de vez en cuando. Casi siempre os hace bien, pero llega un momento en que os resulta difícil seguir leyendo. No entendéis lo que quiere decir ni sabéis cómo aplicarlo a vuestra vida. Y así llega un día en que lo dejáis.

También a ti te puede pasar algo de esto. Tal vez tienes en casa una Biblia, pero hace tiempo que no la abres. La verdad es que no tienes mucho tiempo para leer con sosiego. Por otra parte, has oído hablar muchas veces de ese Libro Sagrado, pero nadie te ha enseñado a abrir sus páginas. No sabrías ni por dónde empezar.

¿Qué puede hacer una persona que no tiene preparación alguna y, sin embargo, desea leer el evangelio para escuchar mejor a Dios? ¿Qué pasos puede dar para descubrir lo que pensaba y quería Jesús? Si te parece, vamos a hablar despacio de todo esto. Te voy a decir algo que he podido comprobar en mucha personas. Si aprendes a escuchar a Jesús leyendo los evangelios, tu vida cambiará. Empezarás a entender y vivir la vida de otra manera.

Lo primero que puedes hacer es adquirir una buena traducción del Nuevo Testamento. Por ejemplo, en español: *Nuevo Testamento*, de J. Mateos y L. Alonso Schókel; *Nuevo Testamento*, de la Biblia Interconfesional. Si quieres leer con calma, trata de buscar un lugar tranquilo y silencioso, que te invite al recogimiento y la escucha interior. Elige un momento del día en que puedas estar con sosiego. Por supuesto, apaga la televisión y el móvil. Es bueno que, de vez en cuando, te sientas tranquilo y a solas. Pueden ser los momentos más importantes de tu vida.

No empieces a leer la Biblia comenzando por el primer capítulo del Génesis. Te encontrarás con páginas muy hermosas, pero en cuanto llegues a libros complicados y extraños, como el Levítico, te cansarás y lo dejarás. Por ahora es mejor que empieces directamente por los evangelios. Te sugiero comenzar por el evangelio de Lucas, a partir del capítulo tercero, es decir, dejando los dos primeros, que hablan del nacimiento y la infancia de Jesús.



No abras el evangelio por cualquier página, pensando: "A ver qué me quiere decir hoy Dios». Es mejor que tú mismo selecciones un poco lo que quieres leer: una parábola, el relato de una curación, el encuentro de los discípulos con Jesús resucitado. Te puede ser útil fijarte en los títulos que suelen encabezar los diferentes pasajes. Te darán una primera orientación sobre su contenido.

Una vez que has seleccionado el trozo que vas a leer, cierra el libro y haz una breve pausa de silencio para pensar un poco en lo que vas a hacer: «No voy a leer un libro cualquiera. No voy a leer el periódico ni una revista. Voy a escuchar a Dios, voy a escuchar a Jesús. ¿Qué me dirá en este momento de mi vida? Después de oír tantas palabras, tanto ruido, noticias, publicidad... ahora voy a escuchar a Dios. Me hará bien».

Ahora lee el texto despacio, muy despacio, más despacio de lo que estás pensando. No hay prisa ninguna. Lo único importante es que captes bien lo que el autor quiere decir. Nosotros estamos habituados a leer de forma apresurada. Pero los evangelistas escribían a otro ritmo. No podían escribir cualquier cosa en aquellos costosos pergaminos o papiros. Tenían que pensar bien las palabras, los dichos y las frases que querían transmitir a sus lectores. Si lees despacio el texto, fijándote bien en lo que dice el escritor, verás que empieza a tener vida, empieza a decirte muchas cosas.

Con esto nos vamos preparando para leer correctamente el evangelio. Pero, ¿qué hay que hacer para escuchar a Dios en esa lectura? De ello seguimos hablando en el siguiente capítulo.

*Sé que no sé buscarte, y no desisto.  
¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto  
en descubrir tu rostro? Mi deseo  
no sé si es fe. No sé. No sé si creo  
en algo, ¿en qué? No sé... pero te busco.*

JUAN JOSÉ DOMENCHINA, escritor y poeta  
(1898-1959)

## **CONOCER Y ESCUCHAR A JESÚS**

En el punto anterior te hacía algunas sugerencias para disponerte a leer correctamente el evangelio. Pero lo importante no es leer, sino «escuchar» a Jesús en esa lectura. ¿Qué puedes hacer?

Ve leyendo despacio el pasaje que has escogido fijándote, sobre todo, en las personas que intervienen. Todas te pueden ayudar a comprender mejor el mensaje evangélico. Pero, como sabes muy bien, el personaje decisivo es Jesús. Siempre está en el centro de cada relato. Cuando, al ir leyendo, te encuentres con él, párate y fíjate bien *qué dice y qué hace*. Es el que mejor te puede enseñar a vivir. Graba dentro de ti sus palabras. Así podrás saber cómo entendía la vida, a qué le daba importancia, qué experimentaba ante Dios, cómo miraba a las personas, qué pensaba del dinero, dónde ponía la felicidad... Si te convence, trata de entender la vida como él.

Pero no te fijas solo en sus palabras. Fíjate sobre todo en cómo vivía. Cómo trataba a las personas, cómo se acercaba a los enfermos, cómo defendía a los más desvalidos, cómo tocaba a los leprosos -a los que nadie tocaba-, cómo acariciaba y abrazaba a los niños, cómo entendía a los pecadores, con qué ternura los perdonaba, cómo criticaba a los que defendían la ley y las tradiciones más que a las personas, cómo contagiaba esperanza, cómo liberaba a las gentes de sus miedos, cómo infundía confianza, cómo buscaba siempre una vida más digna y dichosa para todos. Convéncete. Nadie te dará más fuerza y más luz para vivir.

Al leer algún pasaje te puedes encontrar con frases que no entiendes bien, términos oscuros cuyo significado se te escapa. No te desanimes. Lo mejor que puedes hacer de momento es seguir adelante y detenerte solo en aquello que te resulta claro. Lo más importante siempre se entiende. Si sigues leyendo el evangelio día tras día, llegará un momento en que entenderás lo que ahora se te escapa.

Cuando hayas terminado de leer enteramente un pasaje, empieza a hacerte a ti mismo algunas preguntas. Las primeras que te puedes hacer son estas: todo esto, ¿qué me enseña?, ¿qué verdad me está descubriendo aquí Jesús?, ¿qué luz me da para entender mejor mi vida? Si

esto que dice aquí Jesús es verdad, ¿cómo he de ver en adelante mi vivir diario? Te darás cuenta de que muchas veces lo que encuentras en el evangelio es una verdad que te da luz nueva para creer en Dios con más confianza, para mirar a las personas de manera más positiva, para enfrentarte a los problemas con más seguridad. Si vas configurando tu vida a la luz de Jesús irás adquiriendo una *personalidad* cada vez más cristiana.

Te puedes hacer también un segundo tipo de preguntas. Si todo esto es así, ¿a qué me está llamando aquí Jesús?, ¿en qué tengo que cambiar?, ¿cómo he de reaccionar en adelante?, ¿a qué me puedo comprometer en concreto? Te darás cuenta de que, en muchos pasajes del evangelio, más que una verdad, lo que escuchas es una llamada de Jesús a transformar tu vida, a orientarla en una nueva dirección. Si escuchas a Jesús irá creciendo tu *responsabilidad* cristiana.

Te puedes hacer todavía otro tipo de preguntas: ¿qué me promete aquí Jesús?, ¿qué esperanza me quiere comunicar?, ¿qué confianza me quiere infundir? Si esto es así, ¿no tendría que vivir con una alegría, una paz y una confianza más gozosas en Dios?

Te darás cuenta de que en el evangelio no encuentras solo una verdad o una llamada a cambiar. Encuentras sobre todo una invitación a confiar más en el perdón de Dios, en su amistad y su comprensión. Si escuchas a Jesús irá creciendo no solo tu personalidad y tu responsabilidad. Irá creciendo tu *esperanza* cristiana.

El evangelio puede cambiar tu vida. Jesús te puede hacer vivir de manera nueva. Yo no te puedo convencer desde fuera con argumentos. Lo tienes que descubrir por tu propia experiencia. Solo te digo que, si te encuentras con Jesús, tus dudas, tus miedos y tu frialdad ante la religión se irán disolviendo. Lo verás todo de otra manera, porque habrás descubierto a Jesús. Ya no lo dejarás.

*Creemos en Jesús.*

*A su luz y con su fuerza*

*podemos vivir, obrar, sufrir y morir en este mundo*

*de forma verdaderamente humana,*

*sostenidos por Dios,*

*empeñados hasta el fin en la lucha por el hombre.*  
VÍCTOR MANUEL ARBELOA, poeta y escritor

## **¿CÓMO SENTÍA JESÚS A DIOS?**

Tú tienes tu idea de Dios. Le vives y le sientes de una determinada forma. Solo tú sabes qué reacciones despierta dentro de ti. ¿Te atrae, te da miedo, te deja indiferente? ¿Te sientes a gusto con él? ¿Haces lo posible por olvidarlo?

No sé si alguna vez has pensado cómo sentiría Jesús a Dios. Para los cristianos es algo muy importante, pues nuestra fe arranca de la experiencia de Dios que vive Jesús. Jesús vive seducido por la bondad de Dios. Para él, *Dios es bueno*. Esto es lo primero y más importante. Jesús capta el misterio de Dios como un misterio de bondad. No necesita apoyarse en ningún texto de las Escrituras Sagradas. Para él es una experiencia indiscutible. Dios es una presencia buena que bendice la vida.

Lo que le caracteriza a Dios no es su poder. No es como Júpiter, Apolo o Saturno. No es como las divinidades paganas del Imperio romano, que aterrorizaban a sus fieles. Lo que caracteriza a Dios no es tampoco la sabiduría, como se pensaba en algunos sectores de Grecia. Jesús siente a Dios de otra manera. El misterio último de Dios, lo que se nos escapa, Jesús lo capta como un misterio de bondad. Dios es bueno, nos quiere y solo busca nuestro bien. ¿Le sientes tú así?

Este Dios bueno es un *Dios cercano*. Jesús vive esta cercanía de Dios con una sencillez y espontaneidad asombrosas. El Padre cuida hasta de las criaturas más frágiles, se revela a los más pequeños, busca a los perdidos. Este Dios está en el centro de la vida.

Para Jesús, todo esto no es teoría. Dios es cercano y accesible a todos. Cualquiera puede comunicarse con él de manera directa e inmediata desde lo secreto del corazón. Dios habla a cada uno sin pronunciar palabras humanas. Hasta los más pequeños pueden descubrir su bondad.

Para encontrarse con Dios no es necesario acudir a ritos complicados ni pronunciar oraciones solemnes. Jesús invita a todos a vivir confiando en un Dios bueno y cercano:

«Cuando oréis, decid: ¡Padre!». ¿Sientes tú a Dios como Padre cercano?

Este Dios es *bueno con todos*, no solo con los buenos. Muchos días, Jesús veía amanecer mientras estaba en oración hablando con su Padre. No sabemos cómo viviría ese momento, pero le gustaba decir: «Dios hace salir su sol sobre buenos y malos. Manda la lluvia sobre justos e injustos». El sol y la lluvia son de todos. No tienen dueño. Dios los ofrece a todos como un regalo. La idea de Jesús es clara. Dios no es como nosotros. No sigue nuestra tendencia a discriminar a los malos. Dios no es propiedad de los buenos. No pertenece solo a los practicantes. Su amor está abierto a todos, también a los malos.

Esta fe de Jesús en la bondad universal de Dios hacia todos sorprendía y escandalizaba a no pocos. Durante siglos habían escuchado en Israel algo muy diferente. En el pueblo judío se habla con frecuencia del amor de Dios, pero ese amor hay que merecerlo. Así dice, por ejemplo, un salmo muy conocido: «Como un padre siente ternura hacia sus hijos, así siente el Señor ternura», pero, ¿hacia quiénes? El salmo continuaba: «... siente ternura hacia aquellos que le temen». Jesús hubiera dicho: «... siente ternura hacia todos sus hijos».

Seguramente has oído muchas cosas acerca de Dios y las seguirás oyendo. Algunas te harán bien; otras tal vez no. Tú escucha a Jesús. Fíjate en cómo habla de Dios. Mira cómo acoge a pecadores e indeseables. Vete grabando esto en tu corazón: Dios es bueno y me quiere; Dios está cerca de mí y me acompaña; Dios ama a todos, me ama a mí, incluso antes de que cambie. Cada vez te sentirás más atraído por él.

Si vas conociendo cada vez mejor a Jesús y captas bien su bondad con todos, su acogida y su perdón a los pecadores, su cercanía a los enfermos, su defensa de los pobres, su acogida a los excluidos, la entrega de su vida hasta la muerte... descubrirás poco a poco que el misterio de Dios se ha encarnado en Jesús y se nos ha revelado en él de manera suprema, única e irrepetible.

*Oh Dios, ningún hombre te ha visto jamás.  
Tú eres único, pues superas toda misericordia.*

*Te doy gracias con todo mi corazón,  
porque no me has retirado tu mirada  
cuando yo me iba hundiendo en la oscuridad.  
Tú me has agarrado con tu mano divina.*

SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO, teólogo  
bizantino (949-1022)

## **CÓMO VIVÍA JESÚS A DIOS**

Tú estás interesado por Dios. Es natural que te preguntes si crees en él o si tu fe se va apagando. Pero lo importante y decisivo es preguntarnos en qué Dios creemos y cómo le vivimos; qué lugar ocupa en nuestra vida y cómo transforma nuestro diario vivir.

Ya sabes lo que nos ocurre más de una vez a los creyentes. Decimos que «creemos» en Dios, pero en la práctica vivimos de manera atea: como si Dios no existiera. A la hora de la verdad, Dios apenas tiene importancia en nuestra manera de orientar y organizar la vida.

Seguramente tú mismo conoces a algunos cristianos en cuya vida apenas se notaría cambio alguno si un día dejaran de «creer» en Dios. Tal vez dejarían de ir a misa, pero su comportamiento, su manera de pensar y de actuar no cambiaría mucho. Dios apenas significa algo en su vida.

¿Te has preguntado alguna vez cómo vivía Jesús a Dios? Te puede hacer bien conocer mejor su experiencia. Para él, Dios es el estímulo que lo empuja a construir un mundo más humano. Dios no es una fuerza conservadora, sino una llamada a cambiar y mejorar las cosas. Si un día te dejas atrapar por Dios, te sentirás llamado a trabajar por una sociedad más justa y más digna para todos.

No podrás estar pasivo. Dios tiene un gran proyecto. Hay que construir una tierra nueva, tal como la quiere él.

Según Jesús, Dios quiere la vida, está siempre del lado de las personas y en contra del mal y del sufrimiento. Vive a Dios como una fuerza que lo empuja a liberar a las personas del mal y lo lleva a luchar contra todo lo que hace daño a alguien. Por eso Jesús se dedica tanto a luchar contra injusticias, abusos, mentiras, poderes y sistemas que deshumanizan la vida y generan sufrimiento. Cuanto más creas en el Dios encarnado en Jesús, con más fuerza y

coraje trabajarás contra todo lo que estropea la vida y la hace más indigna e infeliz para muchos.

Jesús vive a Dios como una fuerza curadora. A Dios le interesa la salud de sus hijos e hijas. Por eso Jesús se dedica a curar, a aliviar el sufrimiento y a sanar la vida de su pueblo. Dios quiere una vida más sana, más dichosa y más amable para todos. Si crees en el Dios de Jesús, te acercará a las personas que sufren. Harás lo posible para poner paz y alegría en los que viven tristes. Sembrarás fuerza y esperanza en quienes están deprimidos. Sabrás consolar y acompañar.

Dios es, antes que nada, para los pobres, los indefensos, los que no tienen a nadie. Así vivía Jesús a Dios. Por eso defiende a los pobres de los poderosos que los explotan, acoge a los niños, los estrecha contra su pecho, bendice a los que sufren. Jesús se dedica a todos, pero empezando siempre por los últimos. Si te sientes un día más lleno de Dios, te preocuparás más de los últimos, los más débiles, los más desvalidos, los más solos. Tal vez no podrás hacer grandes cosas, pero tu corazón estará con ellos.

Dios conduce a Jesús a acoger a los excluidos. No puede ser de otra manera. Dios es de todos y para todos. No discrimina, no excluye, no excomulga a nadie. Al contrario, Dios abraza, acoge, perdona. Por eso Jesús se acerca a los impuros, acoge a las mujeres, toca a los leprosos, come con pecadores e indeseables. Si te dejas atrapar por el Dios de Jesús, verás la vida de otra manera. Te acercará de forma más acogedora a los inmigrantes y excluidos. Tendrás más comprensión con delincuentes y drogadictos. Pensarás en quienes están condenados a vivir prácticamente toda su vida en prisión.

Si crece tu fe en Dios, tu vida irá cambiando. Casi sin darte cuenta te irás haciendo más humano, más generoso y más justo. Romperás tu egoísmo. Pensarás en los demás. Te interesarás por los que sufren. Tratarás de ayudar. Apoyarás campañas contra el hambre y las injusticias. Aprenderás a hacer pequeños gestos por los demás. Dios te irá transformando.

*Cristo, no tienes manos.  
Tienes solo nuestras manos*



*para construir un mundo nuevo  
donde habite la justicia...  
Cristo, no tienes labios.  
Tienes solo nuestros labios  
para proclamar a los pobres  
la Buena Nueva de la libertad.*  
ANÓNIMO

## **7. VIVIR A DIOS DE MANERA NUEVA**

### **DIOS ES BUENO**

Yo no sé si tú crees o no crees. Si piensas algo en estas cosas o todo te da igual. No sé cómo vives por dentro. Hoy solo quiero decirte una cosa: Dios es bueno. Infinitamente mejor, más cercano, más amigo, más alegre y más grande que lo que tú y yo podemos imaginar. ¡Dios es Dios!

No tengas ninguna duda. Dios es más grande que todos tus pecados y miserias. Más alegre que todas tus imágenes tristes y raquíticas de la divinidad. Si creyéramos un poco en el Dios en que creía Jesús, nos inundaría por dentro una alegría y una confianza desconocidas. Nos daríamos cuenta de que no podemos hacer otra cosa sino dar gracias.

Nuestra gran equivocación es pensar que no necesitamos de Dios. Creer que nos basta con un poco más de bienestar, un poco más de dinero, de salud, de suerte o de seguridad. Y luchamos por tenerlo todo. Todo menos Dios. A veces pienso que mucha gente no siente necesidad de Dios sencillamente porque no sabe cómo es.

Tú has oído desde niño que «Dios es amor». Los cristianos lo repetimos mucho. El papa ha escrito su primera carta, dirigida a toda la Iglesia, recordando que esto es lo más importante para nosotros: «Dios es amor» ¿Quieres que pensemos un poco en esto?

No es que Dios «tenga» amor hacia nosotros. No es que «sienta» amor hacia ti o hacia mí. No. Dios es amor. De Dios solo puede brotar amor. Dios te quiere desde siempre y para siempre. Nadie le obliga a quererte. Él es así. El misterio de Dios consiste en «amar». Nunca retira su amor a nadie.

Es fácil que de tu experiencia religiosa de niño te haya quedado la idea de que, para que Dios te acepte, te quiera y te bendiga, tú tienes que comportarte bien. Esta idea es falsa. Dios no te ama porque tú seas bueno; te ama porque es bueno él. Esta es una de esas cosas que no deberías olvidar nunca: Dios te ama tal como eres, te ama antes de que cambies, antes de que seas mejor.

Si un día te convences de que Dios es amor y, sobre todo, si un día le experimentas solo como amor, cambiarás por dentro, lo verás todo de otra manera, empezarás a creer de otra manera.

Te han dicho que Dios es «omnipotente». Lo decimos muchas veces. Sin embargo no es exactamente así. Dios no lo puede todo. No puede hacer contigo cualquier cosa. Solo puede y quiere hacerte el bien. No puede rechazarte, no puede odiarte, buscar tu mal, destruirte... Dios puede lo que puede el amor.

Te han dicho también desde niño que «Dios lo ve todo». Es «omnisciente». De esta manera te controla siempre y en todas partes, observa todo lo que haces y piensas, te escruta hasta lo más secreto de tu ser. Sin embargo no es exactamente así. Dios te mira siempre y en todas partes con amor y compasión. Te penetra enteramente con su Amor. No te amenaza, no te fuerza ni te coacciona. Te respeta, te ama. Siempre y en todas partes, hagas lo que hallas, quiere para ti lo mejor.

También te han dicho que Dios es «juez», pero no siempre te han dicho que no se parece en nada a los jueces de esta tierra. Dios solo puede juzgarte con amor, buscando solo tu bien. Los jueces, cuando imparten justicia, tienen que atenerse a las leyes vigentes. Pero Dios no está sometido a ninguna ley. Solo se atiene a su amor infinito por sus criaturas. No tiene que justificar su amor ante nadie. El es así. Solo amor, gracia y perdón.

Tú puedes creer o no creer. Puedes vivir de una manera o de otra. Puedes enfrentarte a tu muerte de manera atea, solo, dispuesto a caer en la nada para siempre, o puedes morir confiando humildemente en ese Dios que es solo amor. Todo esto depende de ti. Dios no cambiará. Te estará amando siempre. Solo buscará tu bien.

*¿Puede una madre olvidarse de su  
criatura,  
dejar de querer al hijo de sus  
entrañas?*

*Pues aunque ella se olvide,  
yo no te olvidaré.*

*ISAÍAS 49,15-16*

## **DIOS PERDONA SIEMPRE**

Es difícil vivir a gusto con Dios y disfrutar de la fe si uno no cree de verdad en su perdón. No sé cómo te entiendes tú con Dios, pero me he encontrado con bastantes personas que se han ido alejando poco a poco de Dios porque no se sentían bien con él. Nadie les ha ayudado a creer en su perdón.

Nos imaginamos que Dios es más o menos como nosotros: queremos a una persona cuando su manera de ser y de comportarse nos agrada, pero, si nos desagrade, la rechazamos. Creemos que a Dios le pasa lo mismo. Casi sin darte cuenta piensas que es como tú, que solo sabe amarnos si respondemos fielmente a sus deseos.

Pero Dios no es así. No tiene un corazón tan pequeño como tú y como yo. ¡Dios es Dios! Nunca podremos imaginar cómo nos comprende, nos ama y nos perdona. Su perdón es incondicional e inmerecido. No tienes que hacer nada para lograrlo. Solo una cosa: dejarte perdonar.

Hacia la Pascua del año 57. Pablo de Tarso escribió una carta a los cristianos de la ciudad griega de Corinto. Al explicarles cómo es el amor verdadero, les dice que «el amor no lleva cuentas del mal». Si alguien sabe amar de verdad, ese es Dios: él único que no lleva cuentas del mal.

Si piensas que Dios vive anotando con todo detalle tus errores y pecados, si crees que está resentido contigo porque tu vida no es como debería ser, si te imaginas que está enfadado porque has cometido pecados que a ti mismo te avergüenzan, estás totalmente equivocado. Dios no es así.

Entonces, ¿no importa eso de pecar o no pecar?, ¿da todo igual? En absoluto. El pecado te hace mucho daño, y tú lo sabes. Te deshumaniza, te encierra en ti mismo, te distancia hasta de tus seres más queridos, no te deja vivir con dignidad.

Por eso Dios siempre está ahí ofreciéndote su perdón. Él no cambia. Te quiere. Te espera. Desea lo mejor para ti. No es Dios quien tiene que cambiar para empezar a mirarte con más amor y comprensión. Eres tú el que tienes que volver a él con fe.

¿Qué haces cuando tu conciencia te dice claramente que has actuado mal? Una salida fácil es echarle la culpa a los demás; justificarte de alguna manera; pensar que no te has comportado tan mal, que es muy difícil ser honesto en esta sociedad. Todo sirve para tranquilizar nuestra conciencia.

Pero no siempre vale. Hay momentos en que te sientes culpable y no te puedes engañar: has sido injusto con una determinada persona, has hecho daño a tus hijos, estás actuando de manera egoísta, has engañado a tu esposo o a tu esposa... No debes seguir así. El que mejor lo sabe eres tú. ¿Qué puedes hacer?

Lo primero es reconocer tu pecado. Llama a las cosas por su nombre. No tengas miedo de confesarte «pecador» ante Dios. Hazlo sin angustia y sin remordimientos estériles. El remordimiento no es cristiano: te encierra en tu culpa, te puede hundir, no te da fuerzas para cambiar. El arrepentimiento ante Dios es otra cosa: te ayuda a abrirte con confianza a su perdón, te va llenando de paz, te empieza a dar fuerzas para cambiar poco a poco tu vida.

Estoy convencido de que la experiencia del perdón es una de las más fundamentales para crecer como persona. El que no conoce el gozo de saberse perdonado corre el riesgo de vivir «huyendo» de sí mismo, sin bajar nunca al fondo de su corazón, sin saber dónde encontrar fuerza para vivir de manera más limpia y gozosa.

Habrán momentos en los que también tú necesitarás en lo más hondo de ti mismo reconocer sinceramente tu pecado, saberte comprendido por Dios, experimentar su perdón y sentirte aceptado con tus errores y miserias. Entonces te darás cuenta de que es una suerte creer en Dios y disfrutar de su perdón.

*Dios es compasivo y clemente,  
paciente y misericordioso...  
No nos trata como merecen nuestros pecados  
ni nos paga según nuestras culpas...  
Como un padre siente ternura por sus hijos,  
así siente ternura el Señor por sus fieles,  
pues él conoce cómo estamos hechos  
y se acuerda de que somos barro.*

SALMO 103

## **DIOS BUSCA A LOS PERDIDOS**

Hay momentos en la vida en que es fácil sentirse «perdido». ¿No lo has experimentado tú alguna vez? Tarde o temprano, por razones que a veces a ti mismo se te escapan, puedes sentirte mal contigo mismo. El desencanto y la decepción se apoderan de ti. Te ves sin ilusión. Perdido y solo.

A veces puedes sentir también secretamente tu «pecado». No lo quieres llamar así. No tienes la sensación de haber cometido errores importantes en tu vida. No has dado grandes escándalos. Sencillamente llevas años viviendo de cualquier manera. Tú único objetivo es vivir bien.

Ahora tal vez no te sientes bien. No sabes qué hacer. No tienes fuerzas para cambiar. Te parece que tu vida no merece la pena. Solo te queda «ir tirando». Evitar líos y problemas. Disfrutar todo lo que puedas.

Hay algo que no deberías olvidar. Por muy perdido que te encuentres, por muy fracasado que te sientas, por muy culpable que te veas, Dios siempre está contigo. Nunca es tarde. Tu vida tiene salida. Cuando nos encontramos perdidos, una cosa es segura: Dios nos está buscando.

Fue una de las grandes ideas de Jesús: Dios busca precisamente a los «perdidos», como un pastor que se olvida de todo y corre tras la oveja que se le ha perdido hasta que la encuentra. Dios se acerca precisamente a los que no encuentran salida a su vida.

El mismo Jesús actuaba así y lo decía de manera clara. Cuando en Jericó se escandalizan porque, olvidándose de todos, ha ido precisamente a hospedarse en casa de un hombre «pecador» que está echando a perder su vida entre robos, abusos y trabajos sucios, Jesús explica así su comportamiento: «Yo he venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

Te puede parecer paradójico e increíble, pero es así. Precisamente, cuando nos vemos más pobres y perdidos es cuando más cerca puede estar nuestra salvación, pues Dios nos está buscando. Cuando no tengas a nadie que te pueda ayudar, cuando no veas ninguna salida, cuando sientas que

no puedes cambiar, confía en Dios. Él está más cerca de ti que nunca. Él te entiende y te apoya. Él está buscando tu bien.

Puede ocurrir que estas palabras no te digan nada. Sé muy bien cómo cuesta a veces encontrarse con Dios. Quisieras creer de verdad algo así, pero no sientes nada de eso. Desearías poder rezarle, pero no te sale nada de dentro. Lo más importante no es lo que tú sientes o dejas de sentir ahora mismo, sino cómo es realmente Dios. Para él, nadie está definitivamente perdido. Si se despertara en ti una pequeña confianza, podría comenzar algo nuevo en tu vida. Podrías cambiar por dentro.

A pesar de tu superficialidad, a pesar de esa sensación de vacío y mediocridad, dentro de ti hay un rincón secreto donde todavía puedes escuchar una llamada a confiar. Cuentas con la cercanía y el apoyo de Dios. No te pide nada. Solo abrete confiadamente a él.

Seguramente piensas que llevas muchos años huyendo de Dios, evitando todo lo que te recuerda a él. Probablemente no es eso lo que te ocurre. Tú no estás huyendo de Dios. Estás huyendo de ti mismo y de tu propio vacío. No quieres encontrarte con tu propia verdad. No te gusta tu vida.

En el fondo, tú mismo sabes que solo cambiando encontrarás la paz, el descanso y la alegría que ahora mismo te faltan. Atrévete a responder a esta pregunta: ¿qué tiene que cambiar en ti para sentirte de nuevo vivo por dentro?

Qué diferente lo verías todo si arrancararas de ti ese «miedo» que bloquea tu fe y te aleja tanto de Dios. Qué cambio sentirías dentro de ti si te fueras convenciendo de que él es tu mejor amigo. Olvídate de tus esquemas y prejuicios religiosos. Olvídate de todo lo que te han podido decir. Escucha solo a Jesús. Fíate de él. Acércate a Dios con humildad. Haz la experiencia. Deja a tu corazón abrirse. Sentirás paz. Si sientes a Dios cerca, aunque solo sea por unos momentos, tu vida empezará a cambiar.

*En vez de estar siempre a disgusto contigo mismo  
acepta tu fracaso y dile a Dios:  
«Bueno, a pesar de todo lo que digo,*



*esto es lo poco que valgo.  
Ayúdame, pues, en mi debilidad».  
Esto no es sentirse fracasado,  
es verdadera humildad.*

EVELYN UNDERHILL escritora inglesa (1875-1941)

## **DIOS ES HUMILDE**

A lo largo de estos años me he encontrado con personas que se han ido alejando de Dios porque ya no soportaban oír constantemente que es «Omnipotente» y «Todopoderoso». Se sentían mal ante ese Dios. No podían vivir en paz con él. Han preferido olvidarlo.

Tal vez también a ti te puede pasar algo de esto. No te atreves a decirlo de forma rotunda, pero en el fondo sientes a Dios como un ser «prepotente», que nos tiene a todos bajo su control y amenaza. No puedes huir de él. Estás en sus manos, aunque no quieras. ¿Cómo vas a vivir a gusto con él?

Este puede ser uno de nuestros grandes errores. El poder de Dios no es como a veces lo imaginamos. En realidad, Dios no es «omnipotente». No puede hacer cualquier cosa. Dios no puede abusar de nosotros, no puede manipular, humillar, burlarse de alguien. Dios no puede hacerte daño ni buscar tu mal. Dios es amor y solo puede lo que puede el amor.

Mira, para agredir, para destruir o hacer daño no se necesita un poder muy grande. Cualquiera puede hacer el mal. Por el contrario, para acoger, para perdonar, para respetar, para amar, para hacer siempre el bien, se necesita ser grande. Así es Dios.

Por eso, aunque a veces nos cuesta creerlo, Dios se manifiesta en lo pequeño, en lo frágil, en lo humilde. Dios es grande y no necesita defenderse de los seres humanos. Es fuerte y no necesita andar exhibiendo su fuerza. Es amor y no necesita controlar, dominar ni aplastar a nadie.

Es necesario recordar esto porque siempre que entre los cristianos se ha malentendido la omnipotencia de Dios y se ha exaltado falsamente su poder, convirtiéndolo en un

«poderoso» indigno, se ha fomentado la intolerancia, la represión moral, el miedo a Dios y el «terror religioso».

Si, en alguna medida, sientes a Dios como un «tirano» ante el que no puedes por menos que rebelarte, yo quiero decirte que ese Dios no existe. Te estás rebelando contra un «fantasma». Estás haciéndote sufrir inútilmente.

Todo cambiará el día en que sientas a Dios como un amigo humilde, cercano y respetuoso. No te lo puedo explicar con palabras, pero Dios es una «presencia» amistosa, cercana, que te hace vivir y amar la vida de manera diferente. Dios no está cerrándote caminos o frenando tu deseo de ser plenamente feliz. No está en tu corazón presionándote o forzándote. Es tu mejor Amigo. En él puedes encontrar la luz más clara y la fuerza más vigorosa para enfrentarte a la dureza de la vida y al misterio de la muerte.

Dios no te va a gritar. No te va a coaccionar jamás. No se te va a imponer a la fuerza. Te va a respetar siempre, hagas lo que hagas. Él te ha regalado la vida. Es tuya. Tú eres el que tienes que decidir qué quieres vivir y para qué. Él solo quiere que aciertes a vivir bien.

A veces te puede parecer que Dios es demasiado «invisible». No lo sientes. No lo puedes tocar. No escuchas su voz. Crees que no hay nadie cerca de ti. Lo que sucede es que Dios es discreto y respeta hasta el final tus decisiones. Su presencia es tan humilde, cercana e íntima que te puede pasar inadvertida. Está tan unido a ti que, si no ahondas en tu propio ser, te puede parecer que estás solo.

¿Y cómo puede uno encontrarse con ese Dios? No lo sé. Creo que hay que buscarlo de manera humilde, sin complicaciones, con un corazón limpio y en actitud confiada. Todos nos pueden decir cosas muy acertadas. Pero solo tú sabes lo que te hace bien y te acerca de verdad a ese Misterio que llamamos Dios.

No hemos de olvidar la alegría de Jesús al comprobar que la gente más humilde y sincera era la que mejor captaba su experiencia de Dios. En una ocasión dio gracias a Dios con estas palabras: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y entendidos, y se las has descubierto a pequeños».

*Señor, Dios mío  
tan grande y tan cercano  
Dame un corazón vivo  
y unos ojos nuevos  
para descubrirte  
y para acogerte  
cuando vienes a mí*

FRANCISCO DE SALES, obispo de Ginebra (1567-1622)

## **A DIOS LE INTERESA QUE VIVAS BIEN**

Seguramente estás convencido de que, si existe, Dios es bueno. Pero está tan lejos y es tan grande que probablemente apenas se preocupa de tu vida concreta. ¿Le puede interesar a Dios que tú seas feliz este fin de semana? ¿Cómo puede estar pensando en que te salga bien ese proyecto de trabajo en el que has invertido tantas horas?

Desde muy niño te has ido haciendo la idea de que en todo esto de la religión hay dos mundos de intereses. Por una parte está lo que le interesa a Dios, y por otra lo que nos interesa de verdad a los hombres y mujeres que, día a día, luchamos por vivir lo mejor que podemos.

A Dios le interesa su «gloria», es decir, que las personas crean en él, que lo alaben y que cumplan su voluntad divina. Eso es lo que Dios quiere y busca: que la gente rece, que le dé culto y practique la religión. Así Dios se siente «a gusto» recibiendo de sus criaturas honor y gloria.

Por otra parte está lo que de verdad nos interesa a nosotros: tener trabajo, compartir una vida dichosa con la pareja, acertar con los hijos, vivir bien, divertirnos, disfrutar de una sociedad en paz. Esa es la esfera de nuestros intereses, donde nosotros nos afanamos por vivir lo mejor posible.

Es fácil que también tú, como muchos otros, pienses así. A Dios le interesa «lo suyo» y trata de poner a las personas a su servicio. Impone sus diez mandamientos -como podía haber impuesto otros o ninguno- y está atento a cómo le responden los humanos. Si le obedecen, los premia; en

caso contrario, los castiga. Como es Dios y Señor supremo del mundo, también concede favores. A veces gratuitamente a los que él quiere, a veces a cambio de algo, pero siempre buscando su propia gloria.

Los hombres y las mujeres, por su parte, buscan sus propios intereses y tratan de poner a Dios de su parte. ¿No es para esto la religión? Las personas que son religiosas le piden ayuda a Dios para que les salgan bien sus cosas, le dan gracias por los favores que reciben de él; hacen lo posible para mantenerlo contento; incluso le ofrecen sacrificios y cumplen promesas para hacer que se interese por sus asuntos.

Así piensan muchos creyentes de buena fe. Y, sin embargo, esta manera de entender y de vivir la religión es falsa. Dios es amor y solo amor. A Dios lo único que le interesa somos nosotros. Nos crea solo por amor y buscando nuestro bien. No hay que forzarlo ni convencerlo de nada. De él solo brota amor gratuito. A Dios le interesa tu vida, tu trabajo, tu libertad, tu salud, tu familia. Dios busca y quiere una vida digna, dichosa y sana para todos y cada uno de nosotros.

Esta es tal vez la novedad más importante que introduce Jesús en la sociedad de su tiempo. Toma buena nota.

Según Jesús, para Dios lo más importante no es la religión, sino la vida de las personas. Esto es lo que le llevó a enfrentarse con los dirigentes religiosos del templo.

Para los sacerdotes de Jerusalén y los maestros de la ley, lo más importante es dar gloria a Dios observando la ley, cumpliendo el sábado y asegurando el culto del templo. Para Jesús, por el contrario, lo más importante son las personas. Por eso se dedica a curar a los enfermos, a aliviar el sufrimiento, acoger a los leprosos y marginados, defender a las mujeres, devolver la dignidad a las prostitutas, bendecir y abrazar a los más pequeños. Sabía que, para Dios, nada hay más importante que las personas.

Si vas descubriendo poco a poco cómo es Dios, tu vida cambiará. Sentirás que Dios no te ama buscando su propio interés. Solo piensa en tu bien. Incluso cuando te llama a vivir una vida moral digna. No te equivoques. No pienses que Dios quiere fastidiarte. Quiere que vivas lo que es bueno para ti, no lo que te va a hacer daño. Así es Dios.

*¿Qué será de mí sin ti?  
Acosado por angustias y miedos  
me sentiría solo en el vasto mundo.  
No sabría qué amar.  
El futuro sería un abismo sombrío:  
y cuando mi corazón se llenara de pena,  
¿a quién diría yo mi inquietud?*

FRIEDRICH NOVALIS, poeta alemán (1772-1801)

## **DIOS SUFRE CON NOSOTROS**

Seguramente estás muy acostumbrado a ver la imagen de Jesús crucificado. Desde niño has visto la cruz por todas partes: en tu casa, en la escuela, en la iglesia y hasta en las cumbres de las montañas. Quizá no te dice nada. Más aún, piensas que en nuestros días es una imagen desafortunada. Para muchos puede resultar de mal gusto. ¿A quién puede atraer el cuerpo torturado de alguien ejecutado en un patíbulo?

Sin embargo, para los cristianos es el símbolo más expresivo del misterio de Dios. ¿Has pensado alguna vez que un «Dios crucificado» constituye una verdadera revolución? En ninguna religión encontrarás algo parecido.

Un «Dios crucificado» nos obliga a cuestionar todas las imágenes que nosotros nos hacemos de Dios. Piensa un poco: ¿qué hace Dios en una cruz? La crucifixión rompe todos nuestros esquemas. Jamás se nos hubiera ocurrido imaginar a Dios así.

El crucificado no tiene el aspecto que nosotros atribuimos a la divinidad. ¿Dónde están el poder, la fuerza, la sabiduría o la grandeza de Dios? ¿Dónde están su belleza y majestad? ¿Cómo puede estar Dios sufriendo así? ¿Cómo puede morir impotente como un ser desgraciado más?

Con la visión de la cruz, o se termina nuestra fe en Dios o empezamos a creer en él de otra manera. Ante el crucificado, o retiramos la mirada horrorizados o nos abrimos al misterio increíble de un Dios que nos ama de manera insospechada.

Tú y yo podemos seguir contrastando nuestras ideas o experiencias sobre Dios. Podemos construir teorías

maravillosas o repetir los tópicos y frivolidades de siempre. Si nos detenemos con fe ante el crucificado, todo se nos derrumba, porque empezamos a descubrir sorprendidos que Dios es alguien que «sufre con nosotros».

Dios no está lejos ni distante. Está con nosotros. Contigo y conmigo. Nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento le «salpica». Dios no puede amarnos sin sufrir con nosotros y por nosotros. En esto consiste precisamente la grandeza de su amor.

A este «Dios crucificado» no se le puede «entender» con nuestras categorías religiosas. Es un escándalo y una necedad. Ante un «Dios crucificado» ya no es posible seguir creyendo de manera ingenua y egoísta en cualquier Dios, al servicio de nuestros propios intereses. ¿Cómo acercarnos a este Dios buscando sus favores para vivir cada día más a gusto, olvidados de los problemas y sufrimientos de los demás?

Empezamos a «entender» a ese «Dios crucificado» cuando sabemos amar de cerca a las personas que sufren, y cuando descubrimos por propia experiencia que el amor verdadero hace sufrir. Tú mismo lo has podido comprobar. No puedes amar de verdad a un ser querido sin sufrir cuando le ves sufrir. Es lo que le sucede a Dios. No puede amarnos sin sufrir con nuestros sufrimientos. Así es para los cristianos el Dios encarnado en Jesús.

Seguramente también tú, al ver alguna desgracia que destroza la vida de seres inocentes, te habrás hecho la pregunta que nos brota a todos: ¿dónde está Dios? La única respuesta desde la fe cristiana es esta: Dios está en todo ser humano que sufre. Dios no solo ha sufrido *por* nosotros en una cruz hace dos mil años, sino que sufre cada día *con* nuestros sufrimientos.

La escena ha sido muy divulgada. Un niño judío se estremece con los estertores de la muerte, colgado de una horca en un patio del campo de exterminio de Auschwitz. De pronto se escucha el grito desesperado de un prisionero: «¿Dónde está Dios?». Otro compañero de prisión responde susurrando: «Ahí, en esa horca». Esta es la fe de los que creen en un Dios crucificado.

Esta presencia de Dios en nuestro sufrimiento no es algo inútil y estéril. Es cierto que no interviene para destruir a

los verdugos o cambiar las leyes de la naturaleza. Pero está ahí, no abandona nunca a sus hijos. Un día descubriremos que, de forma callada pero eficaz, está conduciendo la historia dolorosa de sus criaturas hacia la Vida definitiva.

*Se consumieron mis velas  
al pie del crucifijo.  
En la calle había un pobre  
con sus botas destrozadas.  
Y volví para rezar al Cristo de madera.  
¡No supe rezar, Señor,  
a tu Amor, en carne y hueso!*

CARYLL HOUSELANDER escritora inglesa (1901-1954)

## **DIOS ¿ES LA «TRINIDAD»?**

Desde niño te han dicho que Dios es la «Santísima Trinidad». Tú lo aceptabas, pero siempre te ha parecido algo realmente extraño: ¿qué quiere decir que Dios es tres personas y un solo Dios? ¿A qué viene hablar de Dios con ese lenguaje que parece un acertijo?

Te enseñaron también a «santiguarte» en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Te costó un poco aprender a trazar la cruz sobre ti mismo, llevando tu mano desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho.

Te decían que, al trazar esa cruz sobre tu frente, tu boca y tu pecho, te debías comprometer a vivir todos los pensamientos de tu mente, todas las palabras pronunciadas por tu boca y todos los deseos nacidos de tu corazón como hijo querido de un Dios *Padre*, siguiendo fielmente a Jesús, su *Hijo*, movido por el *Espíritu*.

Un gesto tal vez hermoso y sublime para quienes lo hicieron por vez primera, pero demasiado complicado para ti. Lo has repetido miles de veces de manera distraída y rutinaria. Nunca te ha dicho gran cosa. Para empezar, ¿qué es creer en un Dios que es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo? ¿Por qué dicen los cristianos estas cosas?

Lo mejor es empezar por ahondar un poco en Jesús. Tú sabes que él llama siempre a Dios «Padre». No le sale otra



palabra. Para él, Dios no es el «Santo» del que hablan todos, sino el Padre compasivo. No habita en el Templo acogiendo solo a los de corazón limpio y manos inocentes. Jesús lo vive como un Padre que da la vida a todas sus criaturas, sin excluir a nadie de su amor compasivo. Jesús disfruta porque cada mañana Dios hace salir su sol sobre buenos y malos.

Jesús se siente «Hijo» querido de ese Dios. Su vida está marcada por dos rasgos: confianza total en ese Dios Padre y disponibilidad incondicional para acoger su voluntad. Jesús es el Hijo que acoge el amor grande del Padre a toda la humanidad y vive totalmente entregado a hacer realidad el gran proyecto que tiene en su corazón: un mundo más justo, humano y dichoso para todos. Nadie lo podrá impedir: ni la injusticia de los hombres ni la crueldad de la muerte.

Jesús vive lleno de Dios y movido por su «Espíritu Santo». Por eso anuncia a todos que Dios es amor, sobre todo a los que menos se lo esperan: los pecadores y despreciados. Este Espíritu empuja a Jesús hacia los que más sufren. Es normal, pues ve grabados en el corazón de su Padre los nombres de los más solos y desgraciados. Los que para nosotros no son nadie, esos son precisamente los predilectos de Dios. Por eso Jesús, que vive movido por su amor, se acerca a ellos, pues no tienen a nadie que enjague sus lágrimas.

La mejor manera de creer en el Dios trinitario no es entender las explicaciones de los teólogos. Empezarás a creer en la Trinidad si sigues los pasos de Jesús, que vivió como *Hijo* querido de un Dios *Padre*, y que, movido por su *Espíritu Santo*, se dedicó a hacer un mundo más justo y más humano.

Empezarás a «entender» que Dios no es Algo frío e impersonal, un ser triste, solitario y narcisista. No es un Dios encerrado en sí mismo. En su misterio más hondo, Dios es Amor, vida compartida, comunión de personas.

Casi sin darte cuenta empezarás a captar el misterio de Dios en ese *Padre* que te está dando la vida constantemente. Puedes vivir con confianza y sin temor. Nunca serás rechazado. Nunca estarás solo ni vivirás

olvidado. Dios es tu Padre. Nunca serás un extraño para él, sino un hijo muy querido.

Pero, al mismo tiempo, empezarás también a captar el misterio de Dios encarnado en Jesús, el *Hijo de Dios*. En nadie encontrarás como en él la cercanía de Dios. Jesús es el Hijo de Dios, pero es al mismo tiempo tu amigo y hermano. Siguiendo sus pasos aprenderás a vivir con confianza plena en Dios.

Por último, desde Jesús, tal vez experimentarás que el misterio de Dios está dentro de ti, alentando tu vida y atrayéndote hacia el bien. Ese *Espíritu* que habita dentro de ti te está invitando a vivir como Jesús, que pasó su vida haciendo el bien.

*Padre de ternura infinita,  
cógeme con tus dos manos:  
tu Hijo y tu Espíritu Santo.  
Que tu Hijo me una a ti estrechamente...  
Que tu Espíritu Santo me modele a imagen de  
Jesucristo...  
Padre santo, cógeme con tus dos manos  
y deposita en mi frente un beso.*

HENRI CAFFAREL, sacerdote francés (1903-1996)

## **VIVIR DE MANERA NUEVA**

Lo habrás oído más de una vez. Importantes expertos en ciencias humanas aseguran que, de ordinario, la mayoría de las personas solo viven un diez por cien o tal vez menos de lo que podrían vivir y disfrutar.

Solo vemos una pequeña parte de la belleza que nos rodea. Escuchamos únicamente algunos fragmentos de la música, la poesía y la vida que resuena en nuestro entorno. Solo estamos abiertos a un campo muy limitado de emociones, sentimientos y pensamientos. Nuestro corazón solo conoce una parte de las experiencias posibles de ternura y amor.

Estoy convencido de que es así. Muchas personas morirán sin haber vivido realmente con cierta intensidad. Algo semejante sucede con no pocos creyentes. Se morirán sin

haber conocido por experiencia personal lo que podía haber sido para ellos una vida animada por la fe.

A los primeros discípulos de Jesús y a los cristianos de las primeras generaciones se les ve que han descubierto una manera nueva de vivir. No saben cómo explicarlo. Dicen que han recibido el «Espíritu Santo».

Para ellos, este «Espíritu Santo» es un regalo de Dios que reciben cuando toman la decisión de seguir a Jesús. Esta fuerza que sienten en su interior, ese impulso que los anima desde dentro, esa vida que llena su corazón, solo puede venir de Dios. Todavía hoy, cuando los cristianos recitamos el «credo», decimos así: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida».

Yo no te puedo explicar en qué consiste esa experiencia. Cuando estudio a Jesús veo que él está lleno de una vida que a mí se me escapa. Él vive totalmente animado y movido por el Espíritu de Dios, y yo no. Pero hay cosas que todos podemos intuir y hasta experimentar si nos acercamos a él.

El Espíritu de Dios enseña a no malgastar la vida de cualquier manera, a no pasar superficialmente junto a lo esencial, a no ir viviendo los días de manera inconsciente. Centrar nuestra vida en el Espíritu es saborear la vida de una manera más intensa y honda.

El Espíritu de Dios pone en nosotros alegría interior, introduce en nosotros luz y transparencia, nos hace conocer una confianza nueva ante la vida. Algo cambia en nosotros. Vivir animados por el Espíritu nos libera del vacío y de la soledad interior.

El Espíritu de Dios nos enseña a estar atentos a todo lo bueno y sencillo, con una atención especial a quienes sufren. Empezamos a vivir de forma más bondadosa porque crece en nosotros la capacidad de amar y ser amados.

El Espíritu de Dios nos ayuda a «renacer» cada día y nos permite comenzar cada mañana sin dejarnos derrotar por el desgaste, los errores y el cansancio del vivir diario. No sabemos cómo ocurre, pero dentro de nosotros hay una fuerza que nos sostiene.

El Espíritu de Dios nos abre a una comunicación más confiada y sincera con Dios. Nos enseña a orar. Nuestras dudas, interrogantes y resistencias comienzan a disolverse.



*iQué alegría!  
sentir que me aceptas como soy,  
y que no necesitas que me justifique,  
PORQUE ME AMAS.*

*iQué alegría!  
comprobar tu fidelidad inagotable,  
inamovible como la Roca,  
PORQUE ME AMAS.*

*iQué alegría! poder decirte "Te quiero",  
y tú creértelo a pesar de todo,  
PORQUE ME AMAS.*

*iQué alegría!  
hacer contigo de la vida una historia de amor,  
hecha de holas y adioses,  
PORQUE ME AMAS.*

*iQué alegría!  
descubrir que otros te aman y que Tú les amas;  
y saber que sus amores,  
como el mío, te son imprescindibles,  
PORQUE NOS AMAS.*

*iQué alegría!  
poder regalarte algo  
de todo lo que tú me has dado antes,  
PORQUE ME AMAS.*

*iQué alegría!  
tenerlo todo en Ti,  
no teniendo yo nada.  
TÚ ME AMAS, ¡Y BASTA!.*

*iQué alegría me da Señor,  
que me quieras tanto!*

## **Magnificat**

Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador,  
porque ha mirado la humillación de su esclava.  
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,  
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:  
Su nombre es Santo y su misericordia llega a sus fieles  
de generación en generación.  
Él hace proezas con su brazo:  
dispersa a los soberbios de corazón,  
derriba del trono a los poderosos y enaltece a los  
humildes;  
a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos despiden  
vacíos.  
Auxilia a Israel su siervo,  
acordándose de la misericordia  
como lo había prometido a nuestros padres  
en favor de Abrahám y su descendencia por siempre.  
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.  
Como era en un principio,  
ahora y siempre,  
por los siglos de los siglos.  
AMÉN